



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD XOCHIMILCO División de Ciencias Sociales y Humanidades

ENTRE RISAS Y FAENAS EN SAN MIGUEL TLAIXPAN, TEXCOCO, ESTADO DE MÉXICO

Roberto Olivares Mancilla

11

**mundos
rurales**



Entre risas y faenas en San Miguel Tlaixpan, Texcoco, Estado de México

Roberto Olivares Mancilla



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD XOCHIMILCO División de Ciencias Sociales y Humanidades



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Rector general, Salvador Vega y León
Secretario general, Norberto Manjarrez Álvarez

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA-XOCHIMILCO

Rectora de Unidad, Patricia E. Alfaro Moctezuma
Secretario de Unidad, Joaquín Jiménez Mercado

DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

Director, Carlos Alfonso Hernández Gómez
Secretario académico, Alfonso León Pérez
Jefe de la sección de publicaciones, Miguel Ángel Hinojosa Carranza

CONSEJO EDITORIAL

Aleida Azamar Alonso / Gabriela Dutrénit Bielous
Diego Lizarazo Arias / Graciela Y. Pérez-Gavilán Rojas
José Alberto Sánchez Martínez

Asesores del Consejo Editorial: F. Luciano Concheiro Bórquez
Verónica Gil Montes / Miguel Ángel Hinojosa Carranza

COMITÉ EDITORIAL DE MUNDOS RURALES

Gisela Espinosa Damián / Blanca Olivia Acuña Rodarte / Alejandro Cerda García
Sonia Comboni Salinas / Roberto Diego Quintana / Rosa Aurora Espinosa García
Yolanda Massieu Trigo / Héctor Robles Berlanga

Asistente editorial: Varinia Cortés Rodríguez

D.R. © Universidad Autónoma Metropolitana
Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco
Calzada del Hueso 1100, Colonia Villa Quietud, Coyoacán, México DF. C.P. 04960
Sección de Publicaciones de la División de Ciencias Sociales y Humanidades. Edificio A, 3er piso.
Teléfono 54 83 70 60
pubcsh@correo.xoc.uam.mx
<http://dcshpublicaciones.xoc.uam.mx>

Diseño editorial: Diego Alfonso Ibarra Soria

ISBN: 978-607-28-0649-8
ISBN de la colección Serie Mundos rurales: 978-607-477-595-2

Digitalizado en México

Índice

Prólogo: Recepción creativa de un trabajo académico	5
Alberto Vivar Flores	
Presentación	8
Cristóbal Santos Cervantes	
Introducción	11
Breve descripción de San Miguel Tlaixpan	13
La risa y la faena ante la modernidad y el desarrollo sustentable	15
La metamorfosis de lo rural a lo urbano	21
El sistema de irrigación	30
La representación de la risa y la faena	42
Conclusiones	59
Bibliografía	62

Prólogo: Recepción creativa de un trabajo académico

I

Las faenas comunitarias investigadas en el presente trabajo reflejan y se refieren a las experiencias vividas durante la limpieza del caño del agua de riego que viene desde los linderos del pueblo de San Jerónimo Amanalco (lugar donde nace el agua), llegando al depósito conocido popularmente como “La lagunilla”, situado por atrás del cerro de la Virgen. Pero, también, registran las vivencias de otras faenas menores realizadas dentro del pueblo, eventualmente, para resolver problemas de interés común.

Lo que acontece, en realidad, en contextos sociales como el del pueblo de San Miguel Tlaixpan, municipio de Texcoco, Estado de México, que sufren la repentina dialéctica ciudad frente a campo —en este caso, al iniciarse el siglo XXI— es que, en su lentísima metamorfosis hacia el grado de ciudad, tienen que atravesar por un perverso y doloroso purgatorio. Es decir, cualquier poblado rural se convierte en una zona intermedia de larga duración, definida por Raymond Williams —autor de *O campo e a cidade: na história e na literatura*— como “suburbio, ciudad-dormitorio, “favela”” (2011:12). En una palabra, y a nivel de historia universal, “La Revolución Industrial —continúa diciéndonos el autor antes citado— no transformó apenas la ciudad y el campo: ella se basó en un capitalismo agrario altamente desarrollado, habiendo ocurrido muy pronto el desaparecimiento del campesinado tradicional” (2011:12).

Son, precisamente, las consecuencias antropogeográficas negativas de ese movimiento histórico, aparentemente irreversible, las que provocan en nuestro maestro tlaixpense el salirles al encuentro desde el inicio de su trabajo, donde las analiza con

rigor y meticulosidad para, a continuación, en un acercamiento metodológico preciso, tomar conciencia de la conflictiva realidad y finalmente —en sentido dialéctico, es decir, cuando “el final” significa un “nuevo comienzo”—, denunciarla en su perversidad y operarla con vistas a una transformación radical, ecológicamente sustentable.

Desde luego, a lo largo y ancho de la exposición de los resultados de su detallada investigación, el maestro/campesino del cual estamos hablando —pues su trabajo no fue fruto sólo de una mera observación participante sino, como le gustaba cualificarla a Orlando Fals Borda, de una observación militante—, es bastante consciente de que la enfermedad de San Miguel Tlaixpan es consecuencia inherente al desarrollo hegemónico del proceso capitalista mundial —al respecto, el presidente de Bolivia, Evo Morales, en su discurso en 2009, en la Organización de las Naciones Unidas (ONU), dijo: “La enfermedad de la Tierra se llama “modelo de desarrollo capitalista””. Así, el autor no se deja engañar por soluciones meramente locales. Sabe que el trabajo es bien mayor.

II

Por consiguiente, se engaña quien piense que el enfoque de la investigación se reduce al aspecto parcial del título “Entre risas y faenas”. Las faenas, para bien decir, se refieren a la enorme valorización del trabajo, todavía comunitario, existente en el pueblo de San Miguel Tlaixpan, dentro de un ambiente contemporáneo, por definición, hegemónicamente egoísta e individualista. Por otra parte, las risas, en realidad, registran no sólo la comicidad natural del ser humano —como ya alguna vez escribió Henry Bergson en su obra *La risa: ensayo sobre el significado de la comicidad*; mas, también, la convivialidad, la solidaridad, la generosidad, el compañerismo, la camaradería, el sentimiento de pertenecer a una localidad y a un determinado grupo humano. En fin, la alegría de trabajar juntos en favor de un proyecto de desarrollo para el bien común, lo cual, históricamente, fue el principio fundacional de toda sociedad.

En ese contexto vital, no importa que Ricardo López Méndez (1903-1989), en su famoso *Credo patrio*, se haya atrevido a escribir, como muchos otros: “Tú hueles a tragedia tierra mía, y, sin embargo, ríes demasiado. ¿Acaso porque sabes que la risa es la envoltura de un dolor callado?”; pues, las risas de los faeneros tlaixpenses no

esconden lamentaciones, tristezas, nostalgias o viejas melancolías. Son risas francas, abiertas, espontáneas, comunitarias, al correr del sabor de la vida. Son risas de faeneros campesinos que aman la tierra, la milpa, el maguey, el nopal, el cedro, el oyamel, la yerbabuena y el canto melodioso de los pájaros. Son risas de faeneros campesinos que con su mismo trabajo agrario, entre palada y palada, entre una y otra canción, mirando el agua corriendo entre los surcos, defienden que “¡El ejido no se vende!”.

Concluyendo nuestro comentario, pensamos que el autor de *Entre risas y faenas en San Miguel Tlaixpan, Texcoco, Estado de México, en el siglo XXI* sustenta que todavía es posible vivir una vida simple, rural, agraria, comunitaria; precisamente, en la porción del territorio mexicano que fue, en otras épocas, *La región más transparente* (Carlos Fuentes). Sustenta que es posible revertir la historia depredadora del animal humano —portador constitutivo de una antropología de la dominación— y construir una otra, de esta vez, creadora de humanidad. Sustenta, por fin, que aún sería posible disfrutar de un paisaje rural, como el que él mismo imagina en su poema intitulado *Semillas históricas de una campesina y un campesino*: “Yo, sembrador, peino la milpa, quito el jegüite; comparto un jarro con agua, pulque; prendo la leña, echo las tortillas al comal”. Entiendo que el presente trabajo, entre tantas perspectivas abiertas, podría también ser aprovechado a través de esta otra línea de fuerza, radicalmente utópica, ciertamente, pero de literaria utilidad.

Alberto Vivar Flores

Profesor de Historia de América, Antropología filosófica y Teoría del conocimiento en la Universidad Federal de Alagoas, Brasil

Presentación

Entre risas y faenas en San Miguel Tlaixpan, Texcoco, Estado de México, el texto escrito por Roberto Olivares que ahora se publica, tiene una gran riqueza, muchas aristas y significados.

En primer lugar, nos muestra el modo de vida campesino y sus formas de organización en el contexto de una gran concentración urbana como lo es la Zona Metropolitana de la Ciudad de México, donde se ubica el municipio de Texcoco. Parece paradójico y hasta contradictorio hablar del campesinado en un espacio que en los últimos años ha perdido, de manera acelerada, su rostro rural al transformarse el uso del suelo agrícola en urbano y al cambiar las dimensiones demográficas y pasar de ser población rural a urbana. Al tiempo en que el proceso de urbanización cambia el panorama disminuye de modo drástico la aportación del sector agrícola al producto interno bruto (PIB) regional, hecho que se agudiza con el proyecto, ya en marcha, del aeropuerto de la ciudad de México en la región.

Pese a todos estos aspectos que han trastocado la vida rural de la región y de las comunidades, el autor evidencia que el campesinado, y más aún el campesinado indígena que se localiza en la zona serrana y el somontano, podemos encontrar, en mayor o menor grado, de manera explícita o implícita, el modo de (re)producción y de vida campesino-indígena incluida su cultura, sus tradiciones y su identidad. Queda claro que en medio de tanto cambio, urbanización y modernización, persiste una racionalidad campesina.

En segundo lugar, el trabajo es interesante porque recupera y da sentido a un aspecto muy poco abordado en los estudios del campesinado y el desarrollo rural. Me refiero

a la subjetividad relacionada con los sentimientos individuales y colectivos de la vida comunitaria, como la melancolía, la tristeza o la risa, expresiones emocionales que fortalecen la cohesión social y los procesos organizativos. El texto aborda de manera sistemática, coherente y rigurosa el importante papel de la risa en los diversos espacios y prácticas de la vida comunitaria, enfatizando esta expresión de la subjetividad individual y colectiva en la gozosa realización de las tareas colectivas de conservación de la infraestructura y los recursos comunitarios que, sin la risa, resultarían simple cumplimiento de una obligación tediosa y pesada. En este sentido, la risa forma parte del entramado social y cultural que permite la faena, la recreación de la colectividad, no sólo como obligación comunitaria sino como encuentro afectuoso y lúdico.

Un tercer aspecto relevante, es el reconocimiento de las estructuras organizativas propias de las comunidades que han logrado mantenerse a pesar de los intensos procesos de urbanización y el contexto de metropolización. Faenas, asambleas, mayordomías, festividades, ceremonias, comités de agua, entre otros, son formas organizativas campesinas que se mantienen adaptándose a las circunstancias que marca hoy la relación campo-ciudad. Asistimos a la configuración de nuevas ruralidades y nuevas urbanidades. Lo novedoso del texto de Roberto Olivares es la relación que establece entre estas formas de organización, particularmente la faena, y el estado emocional que expresa la risa para el mantenimiento y fortalecimiento de estas estructuras organizativas. Imágenes divertidas que van desde el llamamiento entre compañeros para ir a la faena hasta el relajo y el albur en la faena misma y el retorno a casa, cuando el cansancio se aligera con chascarrillos y bromas.

Desde el punto de vista del proceso de investigación, aparte del abordaje creativo y riguroso de la relación risa-faena en la comunidad, resulta importante destacar dos cuestiones. En primer lugar el compromiso del autor con la comunidad no solo para comprender una problemática sino, sobre todo, para aportar propuestas que abonen al fortalecimiento de la vida comunitaria recreando formas de organización vinculadas al modo campesino-indígena. En este sentido, el proceso de investigación se torna colaborativo en la medida en que desde el sentido del proyecto se va construyendo con los miembros de la comunidad, y el proceso de investigación implica la reflexión conjunta del tema, de tal forma que no es necesario regresar la investigación mediante mecanismos convencionales, toda vez que conocen su evolución y resultados.

El trabajo de Roberto Olivares tiene una reflexión teórica rigurosa que dialoga con diversas escuelas del pensamiento, entre otras, con la fenomenología y la hermenéutica, sin dejar de lado los aportes de Mijaíl Bajtín para explicar los procesos que analiza.

Considero que este texto, basado en la tesis de maestría del autor que tuve la oportunidad de acompañar como director de la misma, trasciende los límites de un trabajo de investigación, pues surge de la vida cotidiana para retornar a su origen, pero también para compartir con todos y todas sus lectoras, sus reflexiones sobre las dimensiones lúdicas y emocionales en la recreación de la comunidad.

Cristóbal Santos Cervantes

Profesor investigador de la Universidad Autónoma Chapingo

Introducción¹

Mi madre y padre iban a la casa de don Albino Buendía Caballero y de su esposa, Martha Domínguez Ramírez; su hijo Jorge, me decía: “Robert: ¡Vámonos a la “faina!””² Entonces, íbamos al corral de los cerdos, tomábamos una pala y un machete para jugar en la huerta a la faena. Todavía tengo presente el aroma a tierra húmeda de aquella huerta de aguacates. De esta experiencia lúdica, se quedaron atrapadas en mi mente las risas de aquellos niños motivados a jugar a la faena comunitaria. Este juego fue uno de mis primeros acercamientos a la vida campesina, la cual se ha venido forjando con profundo cariño a la tierra, a la milpa y al sistema de irrigación que proviene históricamente de muy lejos, quizás desde la época mesoamericana. Ahora, en mi vida adulta, esta faena no sólo está en la praxis campesina, sino también se halla en la académica, desde donde intentaré escribir sobre el proceso social, cultural e histórico que versa acerca de las risas y las faenas en San Miguel Tlaixpan, Texcoco, Estado de México.

¹ El texto de este número de Mundos Rurales, retoma partes medulares de la tesis *Entre risas y faenas en San Miguel Tlaixpan, Texcoco, Estado de México en el Siglo XXI*, presentada por Roberto Olivares Mancilla, el 7 de marzo de 2014, para obtener el grado de Maestro en Desarrollo Rural por la Universidad Autónoma Metropolitana/Unidad Xochimilco/División de Ciencias Sociales y Humanidades/Posgrado en Desarrollo Rural. La tesis dirigida por el doctor Cristóbal Santos Cervantes.

² Los habitantes de la comunidad a la faena la pronuncian como *faina*. Según Lucila Gómez Sahagún, en San Miguel Tlaixpan, existe el trabajo comunal obligatorio y en beneficio de todos, que recibe el nombre de faena (Gómez, 1992:97). La faena también recibe el nombre de *tequio*, que de acuerdo con el diccionario de mexicanismos, la palabra proviene del náhuatl *tequitl*, tributo, trabajo, de *tequi*, cortar, cazar, labrar. Tarea o faena (servicio social) que se realiza para pagar un tributo en una comunidad indígena (Gómez de Silva, 2001:335).

El problema de esta investigación consiste en analizar cómo a partir de la fenomenología de Alfred Schütz se puede explicar la risa y su relación con la faena en tanto parte de la vida cotidiana campesina. Así, el percibir las experiencias vividas por los campesinos en el acontecer de las faenas, significa una transformación tanto para el investigador como para el sujeto social³ inmerso en el acontecer de la faena comunitaria que se resiste a fenecer, pues en un sentido gramsciano se puede decir que el investigador es un campesino y el campesino es un investigador. Sólo así puede existir el fortalecimiento de la cohesión comunitaria y por ende la rehabilitación de las huertas que cada vez más se las devora la modernidad.

La risa en las faenas comunitarias constituye el tema central de la investigación. Al mismo tiempo, representa el camino que se bifurca por distintas rutas para comprender el ser del campesino mientras labora en el sistema de irrigación y permite la sobrevivencia de la flora, la fauna y la comunidad de San Miguel Tlaixpan. La aparición de episodios de risas en la vida cotidiana constituye el encuentro cara a cara, comprende una manera de conformar una escena de la vida risible. La risa es un elemento no verbal, pero más allá de la palabra hablada o escrita en un contexto social e histórico existe una parte auditiva y facial para expresar una circunstancia que produce carcajadas. La jocosidad en la interacción humana representa la reacción del cuerpo, es movimiento, las costillas y el estómago no aguantan más; se observa una postura de tensión y relajación. Un episodio de risa se entiende como aquel escenario en donde por lo menos un personaje emite su risa, tal como puede suscitarse en la faena comunitaria.

En la recepción de un chiste, se anticipa la risa. La risa constituye una cosmovisión, aparece en la realidad de la condición humana. La generosa vida dotó a la mujer y al hombre de la risa para expresar sus emociones y sentimientos. Las parejas se ríen de sí mismas porque comparten chistes, historias y experiencias en donde está en juego la reputación, el honor, el prestigio, la integridad de la condición humana. La risa de

³ Sujeto social es aquel individuo que construye subjetivamente aquellas prácticas socioculturales en su mundo de vida cotidiana, pues interactúa con otros individuos al compartir experiencias concretas por medio del lenguaje, la percepción de la realidad social, la manera de hablar, pensar, sentir, razonar y actuar. En este contexto, el autor de *La construcción significativa del mundo social*, señala: "Aprehendemos, entonces, las vivencias de la otra persona a medida que ocurran" (Schütz, 2000:162).

un individuo puede estar aislada, pero, necesariamente es un proceso histórico, social y cultural que se irá discutiendo en el presente trabajo de investigación. Para ello, es necesario describir brevemente a la comunidad de San Miguel Tlaixpan. Esto permite trazar cómo en la vida comunitaria, a través de las faenas, existen lazos de amistad, solidaridad y reciprocidad inmersos en la risa festiva que permanece viva ante la modernidad; en el mundo de la vida rural el tejido entre lo tradicional y moderno se hace fiesta, el bullicio de la risa no cesa.

La comunidad experimenta el tejido complejo de la metamorfosis de lo rural a lo urbano, manteniendo vivas aquellas prácticas socioculturales como las faenas para rehabilitar el sistema de riego que se remonta a la época mesoamericana. El sistema de irrigación es presentado como un conjunto de interacciones humanas en aquellos espacios-tiempos, cuyos procesos históricos, símbolos, topónimos, paisajes naturales y trabajos comunitarios hacen posible estudiar cómo se construye en el devenir histórico la dualidad risa-faena comunitaria.

Las faenas comprenden hábitos, costumbres, tradiciones, emociones y sentimientos transmitidos de una generación a otra. Los niños se enseñan a trabajar en las huertas y los caños. Negar la participación de las generaciones venideras en las faenas puede propiciar el abandono de las actividades propias del campo. Los niños también ríen cuando asisten a las faenas.

Breve descripción de San Miguel Tlaixpan

La comunidad de San Miguel Tlaixpan se puede observar desde lo alto de su cerro. A partir de allí se mira lo escarpado que es la parte alta, llena de vegetación, con árboles forestales y frutales, tiene flores silvestres y de cultivos, hay plantaciones de hierbas medicinales, en época de lluvias está verde; en el otoño, los árboles frutales cambian las tonalidades de sus follajes, se tornan naranjas, rojos y cafés; en el periodo de sequía los pastos están amarillos. Lo agrídulce llega al paladar a cada instante. Desde la elaboración de dulce de tejocote hasta el de un pastel de elote, son prácticas socioculturales transmitidas de una generación a otra.

Los espacios habitables están contruidos con distintos materiales, anteriormente habían casas de adobes, algunas sobreviven con el paso del tiempo, actualmente la

mayor parte se edifican con tabique, block, varilla, etcétera. A las orillas de las casas y las calles se encuentran los caños por donde pasa el agua de riego para mantener vivas las huertas; por ahí se escucha cómo baja el agua por las laderas. Los habitantes de la comunidad van y vienen en la cotidianidad, unos viajan a otros lugares para emplearse en las más diversas actividades económicas, algunos trabajan en la misma comunidad; también están los que estudian en el pueblo y fuera de él; las amas de casa, como siempre, atienden el trajín cotidiano del hogar.

En la comunidad, quizás, primero fueron las veredas, luego los caminos, posteriormente las calles y la avenida central; cambian los paisajes en el acontecer de la cartografía local. En la vida cotidiana comúnmente se escucha decir el topónimo de una casa; por ejemplo Chacalco, Zempanco, Zacatenco, Topoyan, Chagüe, Xala, Xometitla, Ixtlahuatenco, Teopanixpan, Teopanacaxco, Papaloapan, Olopan, entre otros. También existen las casas con nombres de santos: Santa Cruz, Jesús María, San Baltazar, San Remigio, San Antonio, San Juan, San Camilo. Las familias se conocen por el nombre de la casa o el terreno.

Las casas con su designación toponímica constituyen un determinado espacio-tiempo que signa la característica particular del lugar; por ejemplo, la casa Teopanixpan significa frente a la casa de Dios ya que se encuentra delante la iglesia. Enrique Baños de la Cruz y Juan Alarcón Segura, amigos de juventud, aflojan la tierra para plantar flores, inesperadamente sienten comezón en las piernas, el pantalón de mezclilla tiene muchísimas pulgas, empiezan a observar cómo saltan los sifonápteros de la tierra labrada; esto aconteció en la casa de Chagüe, que quiere decir lugar donde hay pulgas. Las huertas de la comunidad cuentan con su respectivo topónimo. Los terrenos tienen tuberías de riego para mantener vivas las plantas, las hierbas medicinales, la milpa y las flores. La rehabilitación del sistema de irrigación se realiza por medio de la faena. En el trabajo comunitario hay tiempo para la limpieza de las orillas de los caños, cuya representación sociocultural acontece en medio del bullicio de la risa.

Grosso modo, San Miguel Tlaixpan es la comunidad localizada a unos 7 km de la ciudad de Texcoco, próxima al parque nacional Molino de Flores, se llega por la carretera federal 136. La comunidad colinda al norte con La Purificación Tepetitla, al

sur con San Nicolás Tlaminca, al poniente con el parque nacional Molino de Flores, al noreste con los pueblos de Santa Catarina del Monte y Santa María Tecuanulco.

La risa y la faena ante la modernidad y el desarrollo sustentable

El Abad sonrió al ver mi asombro. –Estas riquezas que veis... y otras que aún veréis, son la herencia de siglos de piedad y devoción y el testimonio del poder...

Humberto Eco.

El nuevo mundo, América Latina, y el viejo mundo, Europa, vienen trazando durante más de cinco siglos cómo sobreviven las formas de vida indígenas y campesinas al tejerse una trenza histórica entre lo tradicional y lo moderno. Una de las prácticas culturales que están vivas en el mundo rural es la faena comunitaria, ésta no se puede comprender sin el conjunto de las emociones y los sentimientos de los campesinos al asistir a ella, pues las risas de los faeneros no se quedan en casa, se van a las labores de la faena. Por trenza de la faena comunitaria tejida entre lo tradicional y lo moderno se entiende el conjunto de prácticas culturales orientadas a cubrir, resolver, satisfacer, problematizar críticamente las tareas concretas de los sujetos sociales para fortalecer las experiencias de la vida rural en el aprovechamiento de las huertas, las parcelas, los sistemas de irrigación, generando mejores condiciones de vida en el convivir bien consigo mismo, con los demás, y con la misma naturaleza.

El trabajo comunitario en el mantenimiento de los sistemas de irrigación locales permite reconstruir las cercas o terrazas edificadas para la agricultura milenaria, ésta al ser un método antiquísimo de irrigación es integrada a la arquitectura natural de los paisajes abigarrados de matices por su vegetación y por sus espacios habitables de adobe y piedra. No obstante, estas imágenes rurales se diluyen a partir de la llegada de la modernidad, que es homogeneizadora de las más diversas formas de vida rural. Pero la faena comunitaria se teje por las emociones y los sentimientos compartidos entre los asistentes; simboliza barrocamemente un conjunto de expresiones faciales recurrentes en la construcción sociocultural de la risa. El *homo ridens* de la faena comunitaria acuña en sus rostros una dimensión a la vez cómica y burlesca durante el trabajo; es decir, los faeneros saben de qué se ríen y hacen reír. Los relatos jocosos

y picarescos crean en los faeneros a tipos sarcásticos, risueños e incluso ridículos “provocantes a risa”, siguiendo la misma tradición carnavalesca y festiva que coloca la burla en el centro de sus representaciones sociales y culturales transmitidas de una generación a otra.

Una faena comunitaria conecta un determinado conjunto de interrelaciones existentes en la comunidad. El lenguaje facial y corporal de los faeneros durante el trabajo individual y colectivo en el mantenimiento de las huertas, las parcelas, las calles, los espacios de convivencia comunitaria se integran al espacio-tiempo porque hay movimiento; así, los faeneros pueden ser maestros de la construcción de las cercas de piedra, del manejo de las herramientas de trabajo, del trazo y limpia de las acequias, de los caminos, de la elaboración de adobes, de las portadas para las fiestas patronales, de los adornos de las casas con macetas, de las fachadas de las casas.

Las faeneras son las maestras de los guisos, de los bordados, de los tejidos, de los dulces tradicionales, de las diversas maneras de preparar el maíz, el frijol, el haba. Los faeneros perciben a la huerta y a la mesa como los manjares para abrir el apetito a los ojos, la nariz, el oído, el paladar, la piel. Una vez terminada la faena, los comensales son los geógrafos del sabor, aroma, tacto, gusto y vista al degustar y libar todo cuanto se lleva en alimentos y bebidas para compartirlos en la comilona de la faena; de esta guisa, no falta el convite, el llanto, la risa. Estas prácticas culturales asociadas a las faenas comunitarias permiten conservar vivas tanto las plantas medicinales, los árboles frutales, las semillas, los animales domésticos y silvestres, los mantos freáticos, los ríos, las presas, las flores, las rocas y los cerros, como los espacios habitables, los sistemas de cargos, los partidos políticos, las instituciones civiles y religiosas, pues son parte de la trama de la vida rural. Porque un campesino está imbuido de los conocimientos de sus antepasados, herederos de un saber ser, hacer, conocer y compartir para darle continuidad a las futuras generaciones. Para ser campesino o faenero hay que ser, sentir, pensar y hacer en las labores.

Los faeneros como sujetos sociales están inmersos en el contexto de la modernidad, al realizar su trabajo tejen su trenza abigarrada entre lo tradicional y lo moderno. Una galería de faeneros se percibe haciendo su respectiva labor; se distinguen por su indumentaria a la moda: pantalones de mezclilla, playeras con todo tipo de imágenes,

sudaderas con frases escritas en inglés; calzan tenis marca Nike, Adidas, Kaepa, Converse; otros portan botas de hule, huaraches, zapatos de vestir; cargan celular en la cintura. Los más jóvenes llevan el cabello con tintes rojos, amarillos; utilizan gorras con escudos de equipos extranjeros, se visten con camisetas de fútbol nacional y europeo; traen lentes oscuros, cargan sus morrales de mezclilla para echar su comida, otrora su ayate⁴ en donde guardan su tlacual⁵ o itacate⁶, consumen alimentos chatarra. Los adultos llevan en botellas de Coca-Cola dos o tres litros de pulque. Entre lo tradicional y lo moderno, los faeneros hacen su labor para mantener vivas sus huertas agonizantes en el siglo XXI.

En el transcurso de la modernidad, en las postrimerías del siglo XX, el consumo de los productos logrados en las huertas se aleja lentamente, el suelo de las huertas cede paso a las construcciones de la vivienda, en ellas transita la basura como resultado del consumismo diario de productos desechables: latas de bebidas, bolsas de plástico, detergentes, aceites, aromatizantes, embalajes. Por ejemplo, después de las fiestas patronales, civiles y familiares –bodas, quince años, presentación de tres años– vasos, cucharas, platos, envolturas de regalos, adornos desechables se quedan enterrados en el suelo, anegados en los ríos, son arrojados a las barrancas. Las faenas comunitarias deben ser importantes para atender las problemáticas de las comunidades rurales, entre ellas están el manejo correcto de la basura, la recuperación de suelos erosionados, la reforestación de bosques, la rehabilitación de los ríos, la promoción de la identidad arquitectónica, el control de incendios. Los paisajes rurales latinoamericanos se fusionan incesantemente entre lo tradicional y lo moderno, en cuyas prácticas culturales se producen y reproducen paradojas en un mundo de la vida de múltiples tradiciones, costumbres, creencias, ritos y mitos confrontados con los paradigmas científicos, tecnológicos, industriales promoviendo hegemónicamente el progreso, el desarrollo sustentable, la innovación de las tecnologías de la comunicación y la información, el cultivo de semillas mejoradas, la aplicación de fertilizantes.

⁴ Ayate: Proviene de la palabra náhuatl *ayatl*: Tela delgada hecha de fibra de maguey.

⁵ Tlacual: Proviene de la palabra náhuatl, *tlacualli*: comida.

⁶ Itacate: Proviene de la palabra náhuatl, *itacatl*: bolsa, y se refiere a llevar en la bolsa comida.

Los faeneros se resisten a desaparecer. Las risas y las faenas tampoco mueren en el contexto de la modernidad y del desarrollo sustentable, pues éstos son como los tlaloques del mundo náhuatl: los guardianes del agua de los ríos, mantos freáticos, caños de riego, lagunas, montañas, presas. En las mañanas aparece una galería de seres extraordinarios –grotescos, bajitos, gordos, flacos bien alimentados–, son ellos, los faeneros, quienes con manos gruesas, calludas, tiesas, rugosas y uñas largas avanzan en su ardua faena; son una serie de individuos mostrando no sólo una extensa lista de formas faciales, sino también distintas composiciones realistas del cuerpo, que van desde los pies hasta la cabeza. Por sí mismos, integran una especie de escena campirana, geórgica, al realizar sus fajinas en los sistemas de riego para darle continuidad a la vida de las huertas, las parcelas, las casas rurales. Los faeneros con sus gestos y guiños son los portavoces de ironía, crítica, burla, chisme, alegría, felicidad que hacen faena al reír.

El faenero, en los trabajos comunitarios, se va haciendo una estampa rural al reír, cantar, llorar, gritar; ya sea con voz grave o aguda, las voces campesinas experimentan la teatralidad barroca en la faena que es el producto de sus alegrías, melancolías, espantos, dolores, sentimientos y emociones en el devenir histórico rural ambientado cotidianamente a la orilla de la calle, del caño, de la plaza comunitaria, de la parcela, en un día de fiesta, compromiso, solidaridad, cohesión comunitaria, vida compartida. El cuerpo humano se viste de risa. La cara del faenero no sólo exterioriza diversas expresiones grotescas, alegres, enojonas, racionales, sino también manifiesta imágenes de rostros en constantes procesos de liberación, formadoras de distintas fisonomías: cachetonas, largas, blancas, morenas, narigonas, delgadas, arrugadas, barbudas, fruncidas, toscas, amables, lampiñas, bigotudas, cejudas, jetudas, orejonas, dientonas, amplias, pequeñas, grasosas, silenciosas, discretas, boquiabiertas, chimuelas. La cara del faenero con su cuerpo, el cuerpo faenero con su cara faenera, representan un concierto polifónico, barroco, que hace historicidad en tanto se construye la realidad social para hacer posible un trabajo comunitario fundamental en la rehabilitación de las huertas que son devoradas por el proceso “modernizador” en la comunidad.

La historicidad de la risa en el espacio-tiempo deriva recuerdos, vivencias, emociones y sentimientos compartidos, producto del sentido de pertenencia a la comunidad en donde habitan amigos, amantes, compadres, enamorados, parientes, etcétera.

Los deseos, las emociones, los placeres, las complicidades sociales o comunitarias se interiorizan por medio del *habitus*; un *habitus* de la risa que abre un abanico de anhelos de los otros, el cual consiste en un reconocernos al emocionarnos con las emociones de los otros, pues el placer provoca placeres entre nosotros y con los demás. La risa y la faena comunitaria son dos prácticas socioculturales que se pueden percibir en un determinado espacio-tiempo; es decir, en el paisaje rural, el cual está compuesto por las casas, las huertas, las parcelas, los cerros, los caminos, las tiendas, los animales domésticos y silvestres, los templos religiosos, etcétera. Los faeneros son aquellos sujetos sociales que sostienen determinados encuentros cara a cara al transmitir sus emociones y sentimientos en el trabajo comunitario; pues dejan huellas en el mundo de la vida campesina que se entrecruzan en dos esferas del capitalismo: la modernidad y el desarrollo sustentable. La modernidad representa el acontecer de la esfera capitalista expresada en el avance, progreso y desarrollo tanto científico como tecnológico. El desarrollo sustentable es un paradigma del capitalismo, consiste en impulsar el desarrollo mundial compatible con la naturaleza y la equidad social; o sea, versa acerca de la conservación de los recursos naturales. La risa, ante la modernidad y el desarrollo sustentable, no se trastoca, ironiza la belleza del rostro moderno porque no permite que se quebranten las fibras de la vida comunitaria, los ciclos agrícolas, las estaciones de la producción, las festividades religiosas, las relaciones sociales y la concepción de la naturaleza.

La risa persiste en la vida humana y le sonrío a la modernidad sutilmente para intentar aliviar la naturaleza destruida a partir de la industria extractiva de metales, la construcción de centros comerciales y viviendas, la privatización de la tierra, la producción de semillas transgénicas, la privatización del agua, etcétera. En este contexto, las faenas sobreviven en el espacio-tiempo de la modernidad y el desarrollo sustentable, pues una faena es un rostro risible a más no poder... Existe una teatralidad en donde se incita a la aparición de la carcajada. Venga mi caballero en este día de jornadas faeneras a divertirse un rato en el ambiente jocoso y risueño, libérese de las sendas cotidianas y rompa las ataduras de la seriedad. Basta un chiste de mal o buen gusto para provocar una carcajada.

En la vida campirana, los viejos representan el cúmulo de experiencias vividas, en cada arruga hay una enseñanza y un aprendizaje. Los jóvenes han de trazar sus pro-

pías arrugas en la plenitud de la vida, cuestionando el mundo de la modernidad y del desarrollo sustentable. La modernidad trajo a América Latina una visión hegemónica del desarrollo, la más sutil en las relaciones sociales, se trata de la explotación del hombre por el hombre: el capitalismo. Asimismo, existe el usufructo de los recursos naturales a partir del trabajo expoliado por parte de la clase dominante. La visión de la clase hegemónica desprende de la piel humana la alegría de trabajar al agredir, despojar y matar al prójimo.

No se trata de desaparecer la palabra desarrollo, sino de transformar su concepción para forjar un mundo más habitable, alternativo. Resuenan la conciencia histórica, la pertenencia a una comunidad, la memoria histórica, pues no se van ni se pierden con las cadenas de lo moderno; por el contrario, se sostienen con un lazo tejido en forma de mecapal, el cual carga la diversidad de emociones, sentimientos, nostalgias, afectos, convivencias y lazos comunitarios del pasado indígena y campesino para decir que una comunidad adopta y adapta a sus esferas de la vida rural los estilos de la vida moderna.

Los tiempos lineales del capitalismo buscan imponerse sobre los tiempos circulares de las sociedades agrarias. Según Luis Tapia, “la modernidad es un cambio en la dirección de la flecha del tiempo lanzada hacia adelante” (2011:22). Las sociedades modernas producen y reproducen en su tiempo histórico una visión colonizadora, explotadora a la luz de la razón, la ciencia, el progreso, el desarrollo; por lo tanto, no hay tiempo para hacer fiestas, reírse, alegrarse. Al contrario de esa linealidad del espacio-tiempo, las comunidades campesinas retornan a su pasado porque el tiempo reúne el conjunto de símbolos en torno a los ciclos agrícolas; además, trazan un presente que es una esperanza abierta a la plenitud de la vida; o sea al buen comer, beber, copular, defecar, bailar, cantar, gozar de los placeres. La cultura agraria está asociada a la religión, a la magia, a la risa ritual. El trabajo en la vida campesina no únicamente transforma a la naturaleza, sino convive con ella, la comprende, la rehabilita, la respeta porque de ella se alimenta biológica, cultural y espiritualmente. La vida campesina está conectada con todo ser vivo, desde los microorganismos que habitan en los suelos hasta los que lo hacen en los árboles.

La modernización hace acto de presencia en las comunidades rurales, principalmente en aquellas que limitan con las grandes urbes; por ejemplo, la Ciudad de México y las áreas conurbadas comenzaron a crecer desde la década de los setenta hasta la actualidad. Los paisajes rurales se transforman, es momento de modernizar a las comunidades rurales, la mayor parte de los discursos están anclados a la innovación tecnológica, a la sustitución del desarrollo de las fuerzas productivas, a los procesos de cambio de los patrones de consumo, a los cambios de las actividades rurales; se puede pensar que la modernización descampesiniza. No obstante, la vida campesina es lucha, resistencia, férrea como las raíces de las plantas y semillas que siembra. El mundo de la vida campesina sigue en risa, alegría, fiesta cíclica, goce y disfrute resistiendo el embate de las consignas modernizantes y desarrollistas de la lógica del capital.

La metamorfosis de lo rural a lo urbano

¡Adiós plantita, cuánta alegría me diste!

María Olivares Chavarría, mujer de campo

Llegada la noche, después de una larga jornada de trabajo, Javier Báez Reyes y yo platicamos de la vida rural, de las viejas y nuevas generaciones campesinas en un mar de dificultades como la falta de empleo, áreas verdes, cultivos de árboles frutales; decíamos que los jóvenes de Tlaixpan quieren construir sus casas ocupando el terreno heredado de los abuelos, que éstos a su vez lo tienen por herencia de sus padres. Como buen lector, a Javier le regalé un libro titulado *El desarrollo rural sustentable*, se lo llevó para aproximarse a la palabra sustentable; pero, en esa charla, en medio de un pan de muerto y una taza de café, sostuvo lo siguiente: “El campesino crea su propio sustento, ama su trabajo, la tierra es su sangre”.

Saber hacer es la expresión mágica en el quehacer del campo. Si las manos de un hombre son anchas, con callosidades en los dedos, con las uñas recias y pesadas, entonces hablamos de un hombre de campo, ese hombre de campo sí sabe labrar la tierra. Lo mismo sucede con la mujer: es mujer de campo quien sabe hacer los sagrados alimentos que provienen de la madre tierra. En Tlaixpan, uno de sus habitantes se denominaba a sí mismo poeta y campesino; él, cuando terminaba de comer tortillas de maíz, frijoles, chiles y verdolagas, arengaba: “Gracias a la madre tierra y a las fuerzas productivas del hombre que nos dieron de comer este día”. Lo que nos lleva a indi-

car que Marx está presente en el campo mexicano, su pensamiento no está muerto (Hobsbawm, 2011: 13-25), su método, el materialismo histórico, consiste en estudiar el devenir histórico del hombre y de la mujer a partir de las relaciones sociales entre los opresores y los oprimidos o explotadores y explotados.

“El campo es bonito, se sufre, agota las fuerzas; pero allá en la parcela se come bien”. Estas son las palabras de Celso García Ávalos, migrante de la tierra del tata Cárdenas, pues él siempre lo llevó en su memoria histórica. La generosidad de la vida rural se siente al llevar pala, machete, azadón y su respectivo pulque e itacate para sembrar la milpa; después de una jornada de faena que va de las cinco de la mañana a las cinco o seis de la tarde, los hombres ancianos que se echan “validas” para avanzar rápido en su labor, cantan una que otra canción incompleta, cuentan las historias de su juventud, quizás relatan una evocación de un amor perdido, de un idilio en el pueblo vecino como serían San Nicolás Tlaminca, Santa Catarina del Monte, La Purificación Tepetitla, Xocotlán, Santa María Tecuanulco.

Ya echó brote la semilla, es hora de labrar. La milpa debe tener su respectivo abono químico, preferentemente triple 17, para que la hoja adquiriera un verde fuerte, para que se desarrolle una mazorca grande, a decir de los campesinos y las campesinas: “se logre una chulada de maíz pinto”. Echar fertilizantes artificiales a las matas de la milpa es cuestión de progreso, productividad y modernización del campo, anteponiéndose al estiércol del ganado vacuno, equino, porcino. Sin embargo, los hombres de campo, ya sea con tractor, yunta, pala o azadón, saben que en épocas de lluvias el trabajo es constante y sonante: quitar el jegüite, dejarlo al lado de la mata, o sacarlo del surco era cuestión de estar agachado; las manos se hacían verdes, negras, moradas, tiesas, arrugadas con la hierba, la humedad y el lodo. De surco en surco la parcela va quedando limpia, bonita cual debe ser. Si no se nace campesino se hace como tal en la *praxis*. Niños y jóvenes van adquiriendo hábitos en la labor de la milpa; esas manos habilidosas van tejiendo la historia del campo.

No importa quién esté en la parcela. Las mujeres llegan a la parcela, es hora de comer. María Elena Mancilla Linares, historiadora por convicción, de padre y madre campesinos, nos dice: “De niña recuerdo mucho cuando la mayoría de la gente grande se iba a sembrar al llano, la mayoría de las parcelas en aquellos tiempos estaban en

el llano y también recuerdo que a los que llevaban la comida les decían tlacualeras, término heredado de la antigua lengua materna”.⁷

¿Qué es un taquito? Buscar leña, arrimar piedras para el fuego, derramar algún árbol para hacer sombra, limpiar el lugar, prender la leña, colocar una piedra para sentarse, poner un ayate; es el momento en que tortillas, frijoles, chile con huevo, café, pollito en salsa verde, chiles, cebollas, desprenden el santo olor a comida de campo. Las tortillas tostaditas truenan al ser ingeridas por los comensales que han asistido a la milpa.

“Se ve que va a llover temprano”.

“Puede ser que sí”.

“Allá en el monte esas nubes amenazan con llover. Si se junta con esa otra, entonces sí caerá la agüita para la milpa”.

Estos son los saberes en el campo. Tlaixpan, tierra de recursos naturales renovables, es un espacio-tiempo donde la observación más próxima a una necesidad inmediata para comprender la importancia de la lluvia en época de siembra consiste en mirar el tiempo. La ciencia no únicamente está en Europa, existe en estas tierras campiranas, el saber y la inteligencia campesina se construyen haciendo, observando a la naturaleza para transformarla en tierra productiva, al mismo tiempo el campesino y la campesina también se transforman (Fals, 2006: 9-30).

Tiempo atrás, muy atrás, el maíz ya existía; estaba en la ciencia de las representaciones de la naturaleza: Tláloc, Tonatiuh, Ehécatl, Coatlicue. Una semilla no debía tirarse, si alguien veía una en el suelo, la levantaba. Era el sustento de la casa; las mamás rezan en las noches con sus hijos un *Padre nuestro* para que no falte en la casa el vestido y el sustento, a saber: el maíz. En la oralidad de San Miguel Tlaixpan se dice que la primera y última parte del metepantle (lugar para sembrar la milpa) es para quien corta un elote, una mazorca, una caña; a nadie se le niega un taco con sal. En la tierra del señor Netzahualcóyotl hubo sequía, pero con las reservas de maíz y con los sistemas de irrigación diseñadas por él, mitigaron el hambre. En tiempos de la Revolu-

⁷ Conversación con el autor, San Miguel Tlaixpan, 6 de enero de 2012

ción mexicana, el maíz estuvo escaso, las casas de San Miguel Tlaixpan, que contaban con su cosecha de semillas, eran literalmente robadas. A veces, cuando no había qué comer, la gente se hacía tortillas con el mexal o metzal de los magueyes.

Agua, tierra, viento, sol, abono, labranza, constituyen los elementos para la siembra del maíz. Durante todo el año, el devenir del trabajo en la milpa es tan maravilloso que puede representar un concierto abigarrado de expresiones como: “Vamos al grano”, “Ni maíz palomero”, “¿Pozole? ¡Pa’ los marranos!”, “Ahorita vengo, voy a regar la milpa”... Y ¿quién no ha registrado en su paladar geográfico tantas maneras de preparar el maíz? Tortillas recién salidas del comal, tamales, esquites, sopes, tlacoyos, tostadas, atole, pinole, pozole. En las casas no faltaba el cencolote ni la arsina ni el metate ni el metlapil ni el chiquihuite para las tortillas ni la cocina de humo. La manera de mercar al maíz era por medio del cuartillo. Ante los cambios del clima, la crisis económica, el abandono de la parcela y con las heladas imprevisibles, el próximo año habrá crisis alimentaria ¡Sin tortilla la sopa, el guisado y los frijoles con epazote no sabrán a nada!

¿Qué es el campo mexicano alrededor del fogón, la olla de barro, el cántaro de agua? A esta pregunta, Javier Báez Reyes responde: “El sustento en la habitabilidad de la casa está en la huerta”. Hombres y mujeres de Tlaixpan, durante generaciones y por medio de la oralidad, han aprovechado el manejo de los recursos renovables de la huerta; frutas, verduras, hierbas medicinales, flores representan una concepción de mundo –economía, lazos de parentesco, política, religión, agronomía, vínculos comunitarios, filosofía de sentido común– En la huerta se conjuga una complejidad de sensaciones para la vista, el tacto, el gusto, el oído, el olfato. Sin embargo, estas cosas fantásticas o maravillosas de Tlaixpan están desapareciendo porque intempestivamente los vientos del norte llegaron a modificar nuestro paisaje de la naturaleza.

Los vientos que llegaron del norte a México no eran de Estado Unidos; ya habían llegado desde el viejo continente, de Europa y su España conquistadora. La conquista espiritual sentó las bases de un pueblo mexicano profundamente religioso, tan es así, que esta comunidad todo el año está llena de fiestas, la principal está dedicada al patrón, San Miguel Arcángel. Cada 29 de septiembre en la iglesia nunca faltan los adornos con flores. La misa dedicada a San Isidro Labrador se celebra el 15 de mayo en alguna parcela del ejido de la comunidad.

En las casas del pueblo existe el arte sacro, ya sea una casa de adobe con tejamanil o de bóveda catalana, hay imágenes de la virgen de Guadalupe que pueden datar de finales del siglo XVIII, otras del siglo XIX, y unas de principios del siglo pasado. En la escuela primaria del pueblo, *Benito Juárez*, los maestros y las maestras nos enseñaron que el descubrimiento de América fue un acontecimiento trascendente. Para nosotros era fantástico saberlo, nos enseñaron a celebrar el día de la raza. En 1992, a quinientos años de tal evento histórico, Miguel León Portilla decía que fue el encuentro de dos mundos; Edmundo O’Gorman replicaba que fue la invención de América; pero para los habitantes de Tlaixpan es festividad porque el bullicio de los cohetes, las campanas y la banda de guerra es una práctica cultural internalizada de las generaciones viejas a las nuevas; en estas celebraciones religiosas nunca falta el plato con pozole, tostadas, tacos dorados con pollo, tamales y un exquisito ponche o café.

La explotación de la fuerza de trabajo humano en nuestro subcontinente sigue siendo el problema de esta tierra mancillada desde hace más de quinientos años. El capitalismo bajo la sombra de la modernidad continúa acumulando riquezas a costa de los demás, únicamente que la Sajonia europea ya no está allá, sino que ahora se encuentra en Estados Unidos de Norte América, su lema “América para los americanos”, su Iniciativa para las Américas, y el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) –Canadá, Estados Unidos, México– significan la expoliación de los mexicanos y, por qué no, la de los latinoamericanos.

El proceso de conquista espiritual española en las comunidades indígenas y rurales no ha terminado. Niñas, niños, jóvenes, adultos de Tlaixpan asisten a la iglesia para el catecismo, la pastorela, la adoración nocturna y los retiros espirituales. La Iglesia como aparato hegemónico de Estado ha determinado los vínculos entre sus habitantes; pero a mediados del siglo XX penetran otros dos grandes aparatos hegemónicos de Estado: la radio y la televisión.

En las dos últimas décadas del siglo pasado llegaron los teléfonos, los bíper, los faxes, los celulares y las redes electrónicas, constituyéndose como signos de progreso, avance, desarrollo, civilización. De esta guisa, las nuevas generaciones se integran a la llamada aldea global. El consumo cultural de la televisión norteamericana desde las décadas de 1970, 1980, y 1990 está encarnado por aquellas personas que registraron y

bautizaron a sus hijos con nombres como Heidi, Mc Giver, Brandon, Donovan, Michael, Jordan... Tierra fecunda, evoco al auténtico agrarismo mexicano que ha sido abandonado a partir de la modernización de la agricultura; o sea, la que se hizo presente con la revolución verde en Tlaixpan, en donde pocos ganan y muchos pierden. Antes decían, los campesinos deben sembrar con tecnologías modernas, abonar la siembra con un solo cultivo; sólo así podrán cosechar toneladas de maíz. En la actualidad, en la moda de la agroecología, nos dicen que los abonos químicos matan a la tierra; se equivocaron los agrónomos.

El agrónomo invita al campesino y a la campesina a fertilizar sus cultivos con abonos orgánicos, tal como lo hacían los abuelos, con compostas. Si bien, el agroecólogo tiene la buena intención de señalar cómo se debe nutrir a la madre tierra, actualmente se presenta un dilema, ya no hay suficientes espacios para sembrar algunos granos. Lo más adverso está en el abandono de la agricultura porque los hijos se van a trabajar a otro lugar, fuera de la comunidad, además ya no llueve como antes. “Mire usted, cómo está el jegüite. Ya nadie hace por tener limpia su huerta”. Estas son las palabras de don Eraclio Segura. Todos construyen una casa, pero no plantan un árbol ni siembran ni nada.

En el escenario de las generaciones jóvenes de San Miguel Tlaixpan, se han incorporado nuevas palabras a su léxico cotidiano, muchas de ellas están ajenas a la vida del campo. En la escuela, en las conferencias acerca de la contaminación, en los cursos de capacitación ambiental o de alternativas de agricultura orgánica se puede escuchar a los maestros o promotores hablar de sustentabilidad, calentamiento global, desarrollo sostenible, agricultura orgánica, conservación de los recursos naturales, relación comunidad-naturaleza, separación de la basura orgánica e inorgánica. Estos conceptos nos animan a rehabilitar las huertas deterioradas en Tlaixpan. El problema es la ausencia de la *praxis* y, como en todo proyecto, la falta de mercado para el desarrollo de los programas de agricultura orgánica. Los campesinos miran en las diapositivas todo lo que se puede hacer con el paradigma de la agricultura orgánica, al final, se preguntan: ¿Cuánto vale hacer eso? ¿Dónde vendemos nuestros productos? Allí está el problema.

Si antes a las personas se les oía decir frases como: echa la basura de hojarasca, junta el pasto seco, pica el zacate, apila la leña, trilla el trigo, quita la jegüitera, limpia el lodo del caño, saca la majada de los corrales de las vacas, burros, borregos, chivos, gallinas, guajolotes, conejos, marranos para echarlo a la huerta y que se haga abono; hoy, en los cursos alternativos sobre el aprovechamiento de una huerta se escucha decir: elabora tu composta, separa la basura —cajas, plásticos, botellas, cartones, llantas, tubos, fierros, alambres, cables, platos y vasos—. Estamos de acuerdo con el manejo de la basura; empero, lo deseable consiste en no formar a una población consumista de alimentos chatarra, por ende una comunidad llena de basura.

Sí, es muy cierto, se habla de la lombricomposta. Los desperdicios de materia orgánica van a la composta. Pero, si los niños comen chatarra de todo tipo, ¿cuál materia orgánica irá a la composta? Los niños y las niñas dejaron de comer duraznos, manzanas, chabacanos, nísperos, peras, miltomates, calabazas, plataformas, aguacates, chayotes, todo lo que una huerta produce. Aparte de la falta de espacio para sembrar una huerta de hortalizas, ya nada se logra porque se ha perdido el buen comer ¿Qué aprovechan los niños y las niñas al comer frituras, refrescos, cacahuates, pastelitos?

Javier Báez Reyes, toma su tasa con té y comenta: “En las casas antaño estaban los macheros, los gallineros, los pozos de agua de riego, los lavaderos de ropa, las ventanas con sus macetas, los patios empedrados, las escobas de vara y de popote”. Ahora, cuando limpiamos la casa, decimos trae la aspiradora, enjuaga la ropa con la lavadora, levanta la basura para echarla al camión, la basura cambia de lugar, no se elimina. Compra en la tienda denominada El Trapo Limpio un Ariel, Maestro Limpio, Ajax, Pinol, guantes... estos artículos representan la limpieza en todo tipo de espacios de la casa. Pero para los ríos, mantos freáticos, suelos, plantas, ¿qué significa? La muerte de la naturaleza. Lecciones de la modernidad.

Las nuevas generaciones experimentan virajes en la concepción de la tierra ¿Para qué trabajar la huerta, la parcela ejidal o la comunal, si la vida ilusoriamente está resuelta? Todo se encuentra en Sam’s Club, Wal Mart, Aurrerá. Con la llegada de la modernidad, la visión de la vida campesina se resquebraja. Basura por aquí, plástico por allá. El consumismo deja cantidades extraordinarias de desechos que se van a los ya deteriorados ríos, a las barrancas, a las parcelas de bienes comunales y tierras ejidales. Sin embargo casas, huertas, parcelas, cerros, árboles frutales, fauna se resisten a morir.

Sin vislumbrar los problemas de la pérdida de la identidad cultural ni mucho menos tomar en cuenta el peligro de extinción de la flora y la fauna, los habitantes cedieron paso a la concepción de la vida moderna. La visión de la comunidad consistió en construir una vida más cómoda, placentera, feliz al vender sus terrenos de las casas, promover el dominio pleno de las parcelas ejidales, practicar la sucesión del título agrario de bienes comunales por unos cuantos miles de pesos. La tierra deja de ser vital para la siembra de semillas como el maíz, el frijol, la calabaza, el haba. ¡Tlaixpan vive el impacto cultural, ambiental, social que trajo el TLCAN en tanto la reforma al artículo 27 constitucional obedece a las leyes del mercado! ¡Que el ejido y bienes comunales se alienen, enajenen! ¡El dinero nos perturba!

La población permitió la traza de calles con cemento, promovió el servicio de agua potable sin planificación ni aprovechamiento adecuado de los mantos freáticos. Electrificó calles por las veredas, los caminos y las avenidas sin dejar dormir apaciblemente a las arboledas. Las viviendas se mutaron a hogares de los más diversos diseños arquitectónicos como son castillos medievales o cabañas suizas; surgieron aquellas áreas urbanas con signos de marginación; muros grises, paredes con grafitis, muros de adobe zampados por el agua y el viento, las cercas de roca caen como el anciano sin bastón, sin nadie que le ayude a caminar por los rescoldos de una huerta recién quemada.

Los árboles fenecen con las viejas generaciones campesinas. Lo más impresionante es observar cómo llegan agrónomos a comprar árboles frutales de las huertas para llevarlos a las zonas residenciales. ¡Adiós plantita, cuánta alegría me diste! Al viejo Antonio, hombre de campo, apasionado por la siembra del maíz, sus hijos vendieron su parcela y árboles de peras. ¡Se difuminó una tierra fecunda! Años de trabajo: plantar, regar, fertilizar, podar, deshierbar, cosechar. Tantos años de amor y esfuerzo a cambio de unas pocas monedas.

Las minas de arena dejaron de ser explotadas porque ya se terminaron los bancos de arena. Los beneficiados fueron los representantes del ejido, las empresas constructoras y los transportistas de volteo. Los ejidatarios cuentan únicamente con sus tractores, camionetas, maquinaria pesada. Progreso, avance, desarrollo. Hubo dinero, ahora existen deudas que liquidar; para María Elena Linares Mancilla quedó un socavón de unas cuantas hectáreas donde antes de serlo hubo magueyes.

“Cuidemos la tierra en bienes comunales, sembremos un arbolito”, expresiones de los comuneros de Tlaixpan. Nace un proyecto agroecoturístico, EcoTlaixpan. Inconformidades de todo tipo: “Sólo venimos a deshierbar”, “los representantes siempre son los mismos”, “los científicos de la agroecología piden la concesión del parque, quieren vender cursos de educación ambiental”. Con la frase: “Nosotros vendemos cursos de capacitación ambiental, ustedes venden tlacoyos”, ya se dijo todo. Cuando los comuneros le dijeron al agroecólogo, “Nosotros impartimos los cursos porque también sabemos de esto”, él respondió: “Ustedes cobran el 50% y nosotros el resto”.

El pago por servicios ambientales es una trampa, aquel que ya no quiera en el futuro un pago de servicio ambiental deberá regresar el dinero, pero como no se tiene el dinero; entonces pagarán con sus tierras, aguas, bosques. Los comuneros trabajan, se alegran de sus árboles; otros piden a gritos el dominio pleno con el propósito de vender al mejor postor las tierras de uso común de bienes comunales de Tlaixpan. La Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) recomienda al gobierno mexicano que reforme a profundidad la Ley Agraria para hacer posible la enajenación de las tierras con sus vastos recursos naturales.

La pérdida de identidad en los espacios habitables en la población da cuenta de una erosión cultural y natural traducida en jóvenes sin oportunidades de empleo ni programas alternativos para hacer actividades deportivas, practicar la agricultura, asistir a las instituciones educativas, promover la cultura (literatura, teatro, tradición oral, pintura, música, escultura, danza). Los jóvenes sucumben en el alcohol, en la drogadicción. Otros esperan ingresar a alguna institución de educación superior y otros más esperan incorporarse a las filas de trabajo sobreexplotado. Si en las noches de antaño se oían las risas de las juventudes al jugar futbol, basquetbol, beisbol, ¿qué se escucha actualmente en la plaza de la delegación local? El ambiente es de alcohol, música a todo volumen, arrancones de coches.

Empero, en Tlaixpan es posible conformar espacios alternativos. Se puede hacer una comunidad más habitable a partir de la integración autónoma de un pensamiento profundo en la relación comunidad-naturaleza compartida entre la mujer y el hombre. Hombres y mujeres de San Miguel Tlaixpan: uníos en sus dramas, angustias, temores, miedos, alegrías, sonrisas, inteligencias, habilidades, curiosidades,

conocimientos, experiencias, saberes, destrezas para conformar un comunidad con mejores condiciones de vida. Como dirían antaño las madres campesinas de Tlaixpan: “Enséñate a vivir con plenitud, sin llanto y dolor”.

Es posible participar comprometidamente a favor de la naturaleza al redimensionar la faena, pues en ésta se aprende haciendo, nos enseña a reírnos, divertirnos, dialogarnos, pensarnos como una identidad unida a favor del bien común, tal como lo demuestra “Tierra Fértil”, grupo de mujeres y hombres dedicados a vivir intensamente, cómo ha sido el devenir histórico de Tlaixpan. Alonso Reyes Hernández, Eloísa y René Segura García, Javier Báez Reyes, Ulises Flores Betancourt, Reyna Lilian Sánchez Yescas, Rosana Espinosa Olivares, Jesús Aguilar Zarco, Lidia Olivares Mancilla, Juan Edgardo Espinosa Romero, Katia Liliana Pérez Reyes, Ruth Verónica González Molotla, Pablo Martínez Olivares, Esperanza Álvarez Márquez son los nuevos actores sociales quienes hacen faenas en búsqueda del significado de la toponimia, recrean la siembra del maíz, escriben la historia local, la vida cotidiana de las campesinas y los campesinos del pueblo. Quieren vivir la siembra de la milpa, la hechura de un adobe para su espacio habitable. Es un momento en el que las faenas se redimensionan haciendo trabajo tanto intelectual como físico.

El sistema de irrigación

“Los caños son las venas por donde corre la vida”.

José Juan Espinosa Flores.⁸

Arlet Rodríguez Orozco, apasionada por el estudio de los escenarios en las viviendas de San Miguel Tlaixpan, camina junto a mí por las veredas que van de San Pablo Ixayoc al pueblo. Justamente en un paraje conocido como “caño quebrado”, nos detuvimos para hablar acerca de las casas, las huertas y los caños de la comunidad. Comentamos que una casa no se entiende sin las emociones ni los sentimientos. Para ambos, nuestro andar por los caminos de bienes comunales en San Miguel Tlaixpan resulta ser una relación dialógica. Al caminar por las orillas del río Coxcacuaco, le comento cómo el sistema de irrigación es una obra arquitectónica, construida socioculturalmente, pues su propósito consistió en conducir el agua que emana desde los manantiales del monte Tláloc hasta llegar al cerro de Texcutzinco.

⁸ José Juan Espinosa Flores es el pintor de la enorme roca en forma de rana, localizada en el paraje conocido como cerro de Tecuitlache.

Llegamos a las piedras basálticas, ahí, brevemente hablamos en torno a la elaboración de los adobes para la construcción de las casas rurales y de Apancingo, uno de los caños más importantes de la comunidad. El otro acueducto está orientado hacia la Purificación Tepetitla, pueblo vecino al nuestro. Los caños tienen su historia, son vitales, sin ellos, ni las huertas ni las casas tienen vida. Por eso la gente acude a las faenas para mantenerlos en buen estado y poder regar las plantaciones.

Después de desplazarnos del “caño quebrado” al cerro de San Miguel Tlaixpan, llegamos al “tecuilache”, lugar donde descansa una enorme roca en forma de rana. Arribamos a la cima del cerro, observamos el horizonte del llano, nuestra mirada apunta hacia la colonia del pueblo, es la zona más habitada de la comunidad. Son las seis de la tarde, bajamos hacia el caño del agua rodada, el aguador nos saluda, viene de cerrar las compuertas de La Lagunilla. Si bien Lucila Gómez Sahagún, en su investigación antropológica *San Miguel Tlaixpan, cultivo tradicional de la flor*, escribe: “El agua entra por su parte alta, en un lugar conocido como el Cedral, para bajar a otro caño, desde el cual se regula la dirección del agua” (1992:45); también es cierto que en este paraje, empieza a percibirse la parte intermedia del cerro, la zona es conocida como Buena Vista, cerca de Apiloloya. Otro de los acueductos fundamentales de la comunidad es el que deriva del río Coxcacuaco, su cauce es desviado en una pequeña represa construida con piedra y cemento, de ahí, el agua debe llegar a la presa Ocotoxco, ubicada en la comunidad agraria de San Miguel Tlaixpan.

Avanzamos en nuestra caminata hasta que divisamos Buena Vista, ahí inicia la conducción del agua, corre por uno de los canales más importantes para inundar, según dice la gente, las huertas de la población. El acueducto está trazado a la orilla de las cercas, puede notarse a sus costados una franja de cedros, bastante frondosos, altos; algunos se han secado. Desde el llano del ejido o en la parte más alta del cerro, el complejo sistema de irrigación se puede percibir a partir de la composición vegetal, pues hay una parte que no tiene plantas cultivadas ni existe la presencia de las cercas ni los acueductos; únicamente hay arbustos de encino, pastos, nopales y demasiadas rocas.

Comenzamos a caminar por las orillas del caño. Conforme baja el agua, observamos piedras con líquenes, musgos, pastos, nopales y raíces de plantas adheridas a la poca

tierra del peñasco. En cada terreno se notan las compuertas por donde entra el agua; empero, existen en las acequias puertas bloqueadas con cemento, construcciones de muros, ramas, cercas con malla ciclónica. En este paraje del cerro contemplamos algunos edificios de la Ciudad de México, otrora la denominada gran Tenochtitlán y lo que fue el lago de Texcoco. En esos momentos, nos sentamos en la cerca de un caño, frente a nosotros está una casa rústica; quizá sea una de las viviendas rurales más representativas de la comunidad. Los cimientos están hechos con piedra, allí descansan los muros de adobe, se notan conservados. La puerta es de madera, tiene un marco labrado de piedra. Hay un patio empedrado, a sus costados se encuentran plantas de ornato. El techo es de dos aguas, tapado con lámina de cartón. La casita rural está rodeada de cedros y su nombre en náhuatl es *Apiloloya*. Más adelante se encuentra el caño por donde se puede regar la huerta.

Allá en Apancigo está un estanque de almacenamiento del agua rodada, es conocido como La Lagunilla. El lugar está conformado por un caño de origen mesoamericano, perteneciente a la época del señorío de Texcoco. El antiguo sistema de riego atraviesa por la comunidad de Santa María Tecuanulco. El agua corre por un canal situado en lo alto de un bordo. Actualmente, el agua que viene desde San Jerónimo Amanalco hasta la mencionada represa, circula por medio de tubos. En la década de 1970, los habitantes de la comunidad participaron en faenas para el entubamiento del sistema de irrigación. Esto permitió tener mayor seguridad en el suministro del agua, pues debido al robo de este importante recurso natural no llegaba completo a la represa.

El sistema de irrigación tiene múltiples arterias. Existen caños de todos los tamaños: estrechos, profundos, anchos, largos, cortos. Las venitas más finas para el riego de la huerta se perciben entre los arbustos de las plantas medicinales y de ornato. Llegamos al final de una vereda, el paraje es conocido como La Ladera, en náhuatl es *Tepeixco*. Bajamos por un camino demasiado empinado, en esos momentos cae el agua, su estridencia es constante, no deja de humedecer a los agapantos, los troncos de los tejocotes y de las manzanas. Contemplamos como se desvía el afluente hasta llegar a la entrada de la huerta.

Los campesinos riegan con ánimo las plantas frutales y medicinales, las flores e incluso los cultivos de verduras. Las cercas de las huertas permiten que el agua drene

a otras terrazas. Escurre por doquier el agua. Un terreno bien deshierbado, aflojado, abonado y podado habla de la dedicación del trabajo realizado por su dueño; al mismo tiempo, puede irrigar su predio sin mayor dificultad. La familia es la unidad de consumo del agua de riego dando pautas a la conformación de un sistema de vida complejo a partir de las múltiples funciones que desempeñan los caños en la comunidad, constituyendo un referente de organización comunitaria; por ejemplo, asistir a las faenas para rehabilitar los caños.

El agua de riego mantiene hidratados los cultivos de las huertas durante la época de estiaje. A decir de José Juan Espinosa Flores, pintor de la rana de piedra, “los caños juegan un papel importante para hidratar al pueblo. Lo hemos platicado, son un conjunto de cascadas, sonidos, sensaciones y emociones que invitan a admirar las huertas”.⁹ Los canales tienen diversas formas, tamaños, bifurcaciones; algunos de ellos están demasiado empinados por las pendientes existentes en cada terreno labrado. El agua avanza rápidamente, a veces llega a desparramarse entre las veredas o los caminos. En los canales abundan plantas de todo tipo, a sus costados no sólo se encuentran árboles, flores, hierbas, arbustos; también hay libélulas, ranas y lagartijas. El riego es básico en la producción de flores. La década de 1980 es el albor de la producción de flores en invernadero.¹⁰

En cada canal hay una flor. En sus corolas, las abejas capturan el néctar para la miel. El cultivo de las flores se remonta a la época mesoamericana. Los jardines del tlatoani¹¹ Netzahualcóyotl lo dicen todo. Cómo no evocar el *in xochitl in cuicatl*; es decir, el canto florido, que, entre otras cosas, significa la existencia y la fugacidad de la vida; o sea, la dualidad de las cosas, cuya representación es *Ometeotl*. Los tiempos de distribución del agua están signados por el número 20, representado con una flor. El agua de riego, a decir de los usuarios de ésta, se distribuye geográficamente por dos lados, sur y

⁹ Conversación con el autor, San Miguel Tlaixpan, 16 de septiembre de 2013

¹⁰ Según el ingeniero agrónomo, Miguel Ángel Segura Segura, en los años de 1980, la moda de los invernaderos atrajo a los floricultores del pueblo para el cultivo de la flor de crisantemo, muy cotizada; asimismo, recuerda cómo su familia veía en éstos una forma de progresar y obtener una buena cosecha. Los agricultores comenzaron a construirlos con troncos, cintas de madera, plástico y alambre; de esta manera, los cultivos resistían las heladas (Conversación con el autor, San Miguel Tlaixpan, 16 de septiembre de 2013).

¹¹ Tlatoani en náhuatl significa gobernante, señor.

norte. El agua se reparte cada 20 días, al respecto, Palerm y Wolf (1972,123), apuntan: “Es curioso notar que en algunos de estos pueblos [Tlaixpan y La Purificación] se usa el mes mesoamericano de 20 días para reglamentar la distribución de agua”.

Algunos habitantes de Tlaixpan, como en la mayor parte de México, echan sus semillas de cempaxúchitl para cultivarla, así podrán rendir culto a sus fieles difuntos el dos de noviembre. Las acequias sirven como límites entre los terrenos; están marcados por árboles, reconocidos por marcas en las rocas. En las cercas, a las orillas de los caños, sobreviven las rosas de castilla, los nopales, los agapantos, los romeros y los jazmines. El aroma de jazmín es penetrante; los niños trozan algunos de sus tallos para hacer cañones de juguete; las señoras cortan sus flores para colocarlas en las mesas de la sala, el comedor o en el altar de los santos. Si hay agua en una huerta, entonces es posible la existencia de una flor la cual, sin duda, se marchitará. Los ciclos del agua de riego se renuevan anualmente en esta tierra fecunda.

En una acequia siempre hay humedad. La sombra es densa cuando los árboles crecen de buen tamaño, abundan las hojas. Algunos canales de riego están contruidos con piedras del mismo lugar, otros no, simplemente son rústicos, formados en la superficie del tepetate o del peñasco; además, se encuentran los que están elaborados con cemento, a decir de los habitantes de la población, son los caños modernos. El sistema de irrigación representa la conexión de símbolos, ritos, lugares sagrados, estridencias, mitos, trabajos comunitarios, asambleas. Algunas huertas tienen cercas con piedras empotradas para formar escalinatas de uno a otro *metepantle*¹²; asimismo, las terrazas cuentan con pequeños acueductos.

Los múltiples retumbos del agua obedecen a las formas irregulares de los canales de riego. Es posible escuchar las cascadas, las filtraciones, los goteos, las absorciones, los salpicados del agua de riego durante su trayecto por los caños de Tlaixpan. El vital líquido en los caños se desliza con fuerza hasta llegar a su destino, puede ser en la ladera o bien en la parte plana, el llano. Los antropólogos Palerm y Wolf (1972,131), así como Lucila Gómez Sahagún (1992:12), apuntan: “*El somontano* es la zona en que los cerros descienden a la llanura”, ubicándose la comunidad de San Miguel Tlaixpan.

¹² La palabra *metepantle* en la comunidad se refieren a las terrazas para sembrar la milpa, los árboles frutales, las flores, las hierbas medicinales.

El agua de riego se desplaza en todas las latitudes de los caños; su movimiento entre arbustos, rocas y acantilados es como el de un cencuate; o sea, sus ondulaciones forman una serpiente emplumada. Quetzalcóatl representa el conjunto de aquellos saberes, conocimientos, habilidades y destrezas tradicionales en la restauración constante del sistema de irrigación. Se evoca el pasado de los toltecas, esos artistas llegaron a estar aquí, en Texcoco, con el tlatoani Nezahualcóyotl.

Para don Juan Espinosa López, el labrador de piedras: “los toltecas eran hombres de conocimiento”. El caño es el devenir histórico de los habitantes de Tlaixpan, quienes adaptan y adoptan estrategias para rehabilitar constantemente el sistema de regadío, obra arquitectónica, que transmite conocimientos anclados a una visión de mundo en lo político, social, religioso, económico, cultural y ecológico. Agua, fuego, tierra, viento tienen movimiento; e incluso, en lo más profundo de las faenas comunitarias todo se mueve. Quetzalcóatl, Tezcatlipoca y Tláloc están presentes en el dinamismo del sistema de riego; el primero, barre los caminos a los dioses de la lluvia (Séjourné, 1984:150-151); el segundo, está en la broma, pues la faena forma parte de la risa festiva; el tercero, desciende a la tierra, propicia la fertilidad, está en su morada, el monte que lleva su nombre; ahí en los manantiales, viven los *tlaloques*.¹³

El sistema de irrigación es una red compleja de implicaciones históricas, económicas, culturales, ecológicas, sociales y tecnológicas, el cual está en riesgo de desaparecer en el presente siglo; sin embargo, sobrevive ante la modernidad. Históricamente los canales de riego se remontan a la época mesoamericana, destacando la etapa del tlatoani Netzahualcóyotl, señor del Acolhuacan, quien diseña el trazo de los acueductos. Los caños están localizados en las orillas de las huertas, allí crecen árboles de gran tamaño: cedros, fresnos, topozanes, ailes, pirules y árboles frutales; en estas arboledas, las historias de los *tlaloques*, *chaneques* o duendes están integradas a las prácticas socioculturales de los habitantes de San Miguel Tlaixpan, pues éstos son vistos como los guardines del vital líquido. Palerm y Wolf (1972,133), apuntan: “Según creencia popular, los manantiales están protegidos por guardianes sobrenaturales del agua (sing. anáki; pl. anáke) que castigan a los que perturban a las aguas”.

¹³ *Tlaloques*. Dioses de la lluvia.

La familia de don Januario Espinosa López está preparando el clásico pan de muerto para el dos de noviembre; don Jano, como lo conocen en la comunidad, calienta el horno de pan. Hermanos, primos y sobrinos, con la masa en las manos, hacen su pieza de pan. Afuera de la cocina, don Jano, relata:

Allá atrás del cerro, a un muchacho de la familia Mancilla lo mandaron a los manantiales de Atatacoyac a cuidar sus toros y borregas. Estaba su ganado cerca de los peñascos. Él veía cómo unas personas hacían ofrendas con comida y juguetitos a los duendes. Las personas platicaban con ellos. Se fueron. Llegaron las borregas a comerse las ofrendas, destruyeron sus platos chiquitos. Luego, apareció una nube; en eso, al muchacho le cayó un rayo y lo mató.¹⁴

La tradición oral inmersa en el espacio tiempo de los caños conforma una práctica sociocultural transmitida de una generación a otra; además, son parte de las emociones, los sentimientos y los mundos de la vida cotidiana.

El comité del agua rodada organiza la asamblea, ésta forma una de las prácticas socioculturales de la comunidad orientada a tratar aquellos asuntos concernientes con el mantenimiento de los caños, el cambio de los órganos de representación, el acuerdo tocante a delimitar los canales, la cuota de cooperación para la portada de la fiesta patronal de San Jerónimo Amanalco, así como reunir a la gente para realizar las faenas e incluso rendir el informe de ingresos y egresos monetarios. La asistencia a este tipo de reuniones comunitarias representa el encuentro cara a cara entre sus miembros. Transcurre la hora de la cita, las personas llegan al lugar convocado.

El saludo reafirma los vínculos de amistad. En ese momento, inicia la charla entre los asistentes; entonces, el movimiento de las manos, los brazos, los dedos, los ojos, los parpados, los pómulos denotan el lenguaje tanto oral como corporal de los usuarios del agua rodada. La intersubjetividad en la asamblea es el conjunto de aquellas experiencias del mundo de la vida cotidiana inmersas en un espacio-tiempo que se construye y reconstruye a través de emociones y sentimientos para mantener en buenas condiciones el sistema de riego. Francisco Segura Segura, ex presidente del agua rodada, explica: “una asamblea evoca risas, sarcasmos, chistes, enojos, inconformidades y reclamos”.¹⁵ La cita puede ser cualquier día de la semana. Los representantes

¹⁴ Conversación con el autor, San Miguel Tlaixpan, 16 de octubre 2013.

¹⁵ Conversación con el autor, San Miguel Tlaixpan, 25 de noviembre de 2013

del agua rodada llaman a los asistentes, empiezan a tomar lista, leen el orden del día, desahogan los puntos de la convocatoria.

Un domingo a las diez de la mañana se convoca a asamblea. Los usuarios llegan poco a poco a la reunión. En la plaza comunitaria, los asistentes forman sus respectivos círculos de conversación, abordan diversos temas. En una escena de la vida cotidiana, uno de los asistentes, don Januario Espinosa López, el labrador de piedras, señala a sus compañeros:

Miren, el agua de riego es importantísima; debemos cuidarla porque no tendremos qué comer, habrá hambre como en tiempos de Netzahualcóyotl. Nuestros hijos van a padecer la hambruna. El rey de Texcoco mandó hacer los caños de riego para la milpa. Señores: ¡miren cómo están nuestras huertas abandonadas! Ahora con tanto cambio del clima, ya no llueve como antes, nos vamos a secar.¹⁶

En esta conversación, don Humberto Flores Espinosa, pregunta: “¿Quién sabe cuándo inician las tandas de riego?” Los hombres se quedan callados. Nadie da una respuesta. Entonces, él contesta con seguridad: “Empiezan el 15 de octubre y terminan en el mes de junio”. En el décimo mes del año, la luna se refleja en el agua de La Lagunilla, es tiempo de traer la sagrada agua a los terrenos. Los conocimientos tradicionales en el manejo del sistema de irrigación se transmiten de las generaciones viejas a las nuevas. Se aprende haciendo. Las prácticas socioculturales en el mantenimiento de los caños de riego se internalizan a partir de las experiencias del mundo de la vida cotidiana. El devenir histórico del sistema de riego en Tlaixpan evoca recuerdos que provienen desde la época mesoamericana.

Las civilizaciones antiguas como la china, mesopotámica, egipcia, inca y mesoamericana, levantaron sistemas de irrigación complejos aplicados en los campos de cultivo y los espacios habitables. Múltiples manos anónimas trabajaron en aquellas obras gigantescas. Las actividades cotidianas en la tierra fértil de la población mantienen viva la flora y la fauna. La dieta de los habitantes proviene del cultivo de las plantas y las semillas. Todo cuanto se siembra es utilizado en la vida cotidiana, por ende, ¿cómo no pensar en el aprovechamiento del agua de riego para cubrir aquellas necesidades importantes de la huerta y la misma casa?

¹⁶ Conversación con el autor, San Miguel Tlaixpan, 13 de octubre de 2013

El riego sobrevive con el paso del tiempo. Juan Edgardo Espinosa Romero, explica: “En las huertas de Tlaixpan, el agua de riego todavía corre por los antiguos acueductos”. Desde la Colonia hasta nuestros días, el sistema de riego en la comunidad es importante para regar las huertas y recoger los frutos (Sandre, Osorio, 2005:143-150). En el devenir histórico de San Miguel Tlaixpan, después de la Revolución Mexicana, en el año de 1924, el gobierno del general Álvaro Obregón otorga al poblado la concesión del agua de riego. El sistema de irrigación está organizado por el llamado comité de agua de riego, cuenta con un presidente, secretario y tesorero.

El agua avanza hacia un determinado terreno. Arrastra varitas, hojas, frutos; también basura: plásticos, botellas, lazos, ropa vieja. Los usuarios del agua de riego, si quieren facilitar su trabajo cuando riegan, deben mantener limpio su caño. Conservar en estado óptimo la acequia requiere fuerza, habilidad y conocimiento. Derramar todo aquello estorboso para las actividades en el escombros del caño es fundamental, de lo contrario, la ropa puede atorarse en las ramas; además, no permite avanzar con facilidad en el trabajo de la limpieza e implica mayor posibilidad de picarse los ojos, arañarse la cara, los brazos.

La técnica en el manejo de las herramientas de trabajo, el método del trazo del sistema de irrigación, la distribución del agua en las terrazas y la medición del tiempo en el riego de las huertas son esenciales para todo ser vivo. El agua es de todos, viene de las alturas, representa el devenir cíclico de las actividades humanas al renovar o rehabilitar el caño; así, los hábitos, las costumbres, las tradiciones marcan el sentido de las faenas en donde se hace fiesta; sin más, está presente la risa festiva. El riego rememora un lenguaje particular entre los usuarios del agua: “vamos a indilgar el agua”, “vamos a la faina”, “mediante Dios, mañana echamos el riego”, “ya se tapó el caño”, “deja que chupe la tierra la agüita”.

Con su voz dulce, suave, sincera, Arlet puede leernos de su tesis, *Análisis de escenarios en las viviendas rurales de la comunidad de San Miguel Tlaixpan, Texcoco, Estado de México*, el siguiente epígrafe:

Después de mostrarnos toda la casa, don Jano, cansado y silente, se dirigió a la parte trasera de la huerta. Yo lo seguí. De pronto se detuvo, su rostro, brilló cuando me dijo: “Venga, venga para que vea cómo están hechas las cosas”. Él me mostró su sistema casero de canales de riego. Yo me acerqué a verlo, un sistema complejo de pequeños canales y aguas corrientes, tan bien trazado, pensado en medio de las huertas y yendo de una casa

a otra. Eso, para él era importante: Mostrarme el sistema de riego y entender cómo estaba hecho (Rodríguez Orozco, 2002:43).

Los caños están trazados con exactitud. Cada huerta se conecta con el sistema de irrigación. Enfrente o atrás de una determinada casa existe una acequia. Los pozos son de distintos tamaños, formas, materiales de construcción; algunos son de tepetate, otros de piedra y con muros de cemento. Algunos habitantes de la comunidad utilizan el agua almacenada para regar las macetas, las verduras, los árboles recién plantados; las mujeres lavan el patio, la ropa, trapean los pisos. ¿Cómo no recordar aquellas pozas con escaleras de piedras, peces, ranas? A las orillas de éstas, entre las rocas de las cercas, viven los tlacuaches, las lagartijas, las víboras, conocidas como chualitos.

Actualmente, la mayor parte de los pozos se convierten en basureros. Sin embargo, existen aquellos individuos que mantienen en buen estado tanto sus acequias como sus pozos, esenciales para la vida cotidiana. A decir de don Víctor Velázquez Gómez:

Los caños, como a la antigüita, los vamos arreglando. Son muy esenciales, son por donde conducimos nuestra agua para las huertas. Al caño principal se le pone un bordo con agapandos para que no se deslave; se conecta con otros más pequeños para repartir a cada metepantle o melga el agua.¹⁷

Las experiencias vividas en el espacio-tiempo de los caños integran un proceso histórico, una práctica sociocultural transmitidas de las generaciones viejas a las jóvenes. Por ejemplo, don Víctor Velázquez Gómez, señala: “Con los vecinos, de chavitos, hacíamos nuestros pocitos; formábamos nuestros depósitos en miniatura, en la parte alta hacíamos cañitos, metepantlitos; era así como jugábamos. Vimos cómo los grandes regaban las plantas. Nosotros, hacíamos nuestras huertas chiquitas”.¹⁸ Se aprende haciendo, contemplando el trabajo paciente de un campesino que teje en la complejidad de su terreno la producción de flores, frutos, hierbas medicinales y compostas.

El escurridero humedece las veredas, los caminos y las calles. Al dueño del terreno le corresponde limpiar su acequia, pues de lo contrario no podrá regar el predio. Erasmo Espinosa Pérez, apicultor y productor de flores de crisantemo, comenta: “Los caños

¹⁷ Conversación con el autor, San Miguel Tlaixpan, 1ro de septiembre de 2013.

¹⁸ Conversación con el autor, San Miguel Tlaixpan, 1º de septiembre de 2013

representan la distribución del agua. Son importantes para suministrar este recurso a las viviendas. El sistema de riego lleva un itinerario, un orden hasta que da la vuelta, puede ser hasta de 20 días”. Algunos topónimos de la comunidad están asociados con los caños: *Apanco* (en la orilla del caño), *Apancingo* (canal de agua pequeño), *Ameyalli* (manantial de agua o de fuentes), *Atlacamolco* (en el pozo), *Atlahutenco* (en la orilla de la barranca), *Papaloapan* (lugar sobre el río de las mariposas), *Panoaya* (por donde pasa el río)¹⁹.

El aguador toma el tiempo de cada tanda, la cual es efectuada por horas. Para él, su trabajo comienza a las cinco de la mañana y lo concluye hasta las cinco de la tarde, cierra la entrada del paso del agua en La Lagunilla. En la tarde, el resplandor del ocaso abraza el paisaje natural, las plantas brillan, se mueven con el suave viento, el agua de riego penetra en la tierra, el curso de la vida no se detiene. El sistema de riego es el conjunto de representaciones socioculturales realizadas en las asambleas comunitarias, las faenas, las tandas de distribución del agua, las actividades propias del riego por inundación.

El caño de los manantiales de San Francisco es singular, el agua está fría, transparente. Conforme avanza en su recorrido por algunos momentos se enturbia hasta recuperar su estado cristalino. El canal se azolva de arena, tierra, piedras; se atasca de basura, varas, troncos, plásticos, botellas, llantas, costales, varillas, escombros, latas, cuerdas de lazo, alambres oxidados, tapas de cartón. La compuerta del partididor, llena de basura, está formada por un cuarto de tabique, adentro se escucha cómo el agua se introduce a los tubos para llegar hasta Apancingo. La contaminación de los caños es resultado de la modernidad, dando pauta a la fe ciega de los individuos al consumir los más diversos productos sin reparar hacia dónde van a parar las envolturas y los desechos.

La faena para limpiar los caños de riego era realizado a mano y con barretas, zapapicos, barrenos, palas, bieldos, marros, etcétera. La aplicación de fertilizantes orgánicos ya se conocía, pues la gente elaboraba compostas con la hierba del terreno, el estiércol de aves, borregos, caballos, burros, cerdos, vacas, toros, conejos; también se agrega el desperdicio de los alimentos consumidos de la casa. Estos fertilizantes nutren la

¹⁹ La interpretación de los topónimos es tomada del grupo “Tierra Fértil” de San Miguel Tlaixpan. El trabajo de interpretación estuvo a cargo de Katia Liliana Pérez Reyes, maestra de Etnohistoria, Escuela Nacional de Antropología e Historia.

tierra, propician mejores rendimientos a los cultivos de todo cuanto se planta en una terraza; no obstante, las cercas de las huertas comienzan a deteriorarse, algunas ya no tienen piedras ni se riegan, denotan la presencia de pastos y árboles secos.

El sistema de riego de Tlaixpan mantiene viva la biodiversidad por medio de la agricultura, que se manifiesta en las huertas en una heterogeneidad de altitudes, superficies, relieves, caños, suelos, paisajes, especies de animales y plantas. Sólo así sus habitantes expresan sentimientos y emociones al asistir a las faenas comunitarias. Allí reafirman aquellas prácticas culturales que no se pierden en medio de la modernidad; al contrario, se resisten a fenecer, porque son fuentes inagotables de trabajo, cuyas etapas cíclicas de eternos retornos inmersos en una pluralidad de costumbres, usos, hábitos, maneras, formas y expresiones sutiles de los faeneros dan pauta a recrear el método de riego por inundación.

Nos dirigimos a la casa de don Víctor Velázquez Gómez, ahí tiene su peluquería, el zaguán azul está abierto; en ese momento don Víctor nos invita a pasar a su negocio. Nos sentamos en las típicas sillas de madera. El cuarto está lleno de fotografías de artes marciales, pues uno de sus hijos, Edmundo, practica ese deporte. En otro muro hay varias notas periodísticas relacionadas con la comunidad. Al fondo está una caja de revistas y periódicos de *La Prensa*. Mientras don Víctor con sus hábiles manos corta el cabello, su cliente platica con él acerca de las faenas de San Jerónimo Amanalco.

El encuentro cara a cara es por medio del espejo. Ahí están los dos, conversando con naturalidad sobre la responsabilidad que debe tener el comité del agua rodada para cualquier trámite.²⁰ El cliente se queja amargamente de sus representantes, a decir de él: “Antes nos ponían transporte para ir a las faenas. Ahora, tenemos que pagar el pasaje”. Tampoco le parece la cooperación monetaria para la portada de la fiesta de San Jerónimo Amanalco, que es el día 30 de septiembre. Para él, al pueblo de esa comunidad siempre se le ha dado una cuota de 4,000 pesos. Según él, Antonio –el presidente del agua rodada– pide demasiado dinero. Don Víctor afila su navaja de rasurar, en eso, corta un pedazo de periódico para colocar la espuma del jabón. Entonces, comenta: “Pelango²¹ siempre nos llevó en su camioneta a las faenas. Tenía una

²⁰ Esta conversación tuvo lugar en San Miguel Tlaixpan, el 1 de septiembre de 2013.

²¹ Pelango es el sobrenombre de don Pedro Reyes Aguilar.

cacerola grande, juntaba nopales, chiles y hacia la comida; es decir, hacía la fiesta”.

Son cerca de las ocho p.m. Es una noche gélida, con un viento murmurante al oído y una constelación demasiado frágil contra la luz de la Ciudad de México y de las zonas conurbadas del Estado de México. El fin de nuestro recorrido por el sistema de irrigación en San Miguel Tlaixpan nos permite decir que es una obra construida socioculturalmente en el devenir histórico de sus habitantes; ante todo, es un bien cultural, rehabilitado de una generación a otra, en donde las huellas no son únicamente históricas, culturales ni arqueológicas, sino un conjunto de interrelaciones complejas en el contexto natural, simbólico, subjetivo, afectivo y emocional entre los usuarios del agua. Éstos, como sujetos sociales, continúan realizando sus faenas comunitarias, cuyas representaciones sociales se objetivan en las prácticas culturales; por ejemplo las habilidades, las destrezas, las capacidades, los saberes y los conocimientos tradicionales en el manejo de las herramientas para rehabilitar los caños, así como poder regar la biodiversidad de la huerta. El caño es un microcosmos de experiencias vividas por medio del movimiento corporal del campesino; pues en su rostro faenero existe una de las expresiones más hermosas de la vida: la risa.

La representación de la risa y la faena

Nos gusta ir a las faenas porque la gente se ríe. Los viejitos son los maestros de las palabras, todo se les iba en risa.

Javier Báez Reyes.

El hacedor de adobes, don José Peralta Flores, recuerda:

Mi mujer sabía que el día de mañana hay faina del agua rodada. Ella nos prepara lo que Dios socorra, hace huevos estrelladitos, memelitas²² y acomoda nuestro itacate. Hacíamos la faina donde nos tocara, nos daban la tarea por metros. La pasábamos bien con mis amigos Roberto y Raymundo”.²³

Ayer en la cancha de basquetbol, dos amigos platicaron acerca de los avisos de la faena para efectuar el día de mañana. La representación emocional de la risa en el

²² Memela: (Abreviación del náhuatl *tlaxcalmimilli*, literalmente= tortilla de maíz alargada, de *tlaxcalli* tortilla+*mimilli* largao y rollizo. Tortilla de maíz gruesa y alargada.

²³ Conversación con el autor, San Miguel Tlaixpan, 25 de julio de 2013.

trabajo comunitario es parte del pasado, presente y futuro. El día, la hora y el lugar del trabajo comunitario conforman el espacio-tiempo donde los faeneros rehabilitan el sistema de riego, pues no sólo van a realizar su trabajo para mantener vivas las huertas de San Miguel Tlaixpan, sino también acuden a él porque es parte de la vida comunitaria ya que está organizado según sus costumbres, convivencias, prácticas socioculturales, cuyos vínculos de reciprocidad son conocidas como las validas; en este contexto, los faeneros al mismo tiempo que trabajan en el caño se ríen. En la faena hay un espacio-tiempo para contar chistes. El rostro risueño de un faenero constituye en el aquí y ahora una determinada representación caprichosa dual entre el hueso y la piel. Cuando alguien trabaja y ríe la percepción del movimiento de la cara es contagiosa y suscita emociones a cada instante.

Los miércoles y jueves por la mañana, la tarde o la noche, los capitanes de la comunidad avisan en las casas de los usuarios del agua rodada, que el próximo sábado deben preparar su herramienta para acudir a la faena en el caño de San Francisco, perteneciente al pueblo de San Jerónimo Amanalco; o bien, en los canales provenientes de las presas Ocotoxco y La Lagunilla, ambos sistemas de irrigación están situados en bienes comunales de San Miguel Tlaixpan. La voz de una persona proviene de las bocinas colocadas en la torre de la iglesia, desde ahí se escucha decir: “Al pueblo en general se le hace una atenta invitación para acudir a la faena en San Jerónimo Amanalco, favor de llevar pala, machete, pico, itacate o tlacual”. El reparto de volantes o citatorios es otra manera de convocar a la faena, en una hoja de papel bond blanca, cortada a la mitad y escrita a máquina mecánica se indica la fecha, la hora y el tipo de herramienta para alistarse al trabajo comunitario; obviamente, se recuerda al usuario que debe llevar su respectiva comida, pues ésta nunca debe faltar. Erasmo Espinosa López, productor de esqueje de crisantemo, señala: “Los domingos, al final de la celebración de la misa, el padre informa que habrá faena en determinado lugar”.²⁴

El tiempo permite establecer aquellas relaciones sociales con el propósito de satisfacer los quehaceres propios de una concepción del mundo. Las emociones y los sentimientos devienen por medio del espacio-tiempo, tal como se manifiestan en las faenas. Son las 10 de la mañana, don Januario Espinosa López está en su casa, sentado

²⁴ Conversación con el autor, San Miguel Tlaixpan, 22 de diciembre de 2013.

en una silla de madera, debajo de un aguacate esculpe la piedra. El pasodoble *Silverio Pérez*, canción compuesta por Agustín Lara, proviene de una grabadora recargada en uno de los muros de adobe. Don Januario, músico desde su juventud, recuerda y explica cómo es la faena:

Con lo que respecta al agua de riego, cada año se “desenzolva” el canal de San Jerónimo Amanalco, hay que ir a limpiarlo porque se “enzolva”, trae bastante agua, arena, piedra, basura. Antes, por los días de la fiesta, en el mes de septiembre, la gente iba a hacer los primeros “desenzolves” para tener agua el día de la fiesta. En esos tiempos, el pueblo estaba dividido por capitánías, dividieron a la gente en grupos, cada uno tenía su capitán, ese capitán era el que avisaba; los encargados del agua rodada iban a ver a las autoridades civiles, éstos hombres avisaban acerca de la faena. Las personas deben llevar palas, machetes, picos. Iban puros señores, puros hombres, ahora van mujeres. Ahí les daban su tarea, dos, tres, cuatro, cinco metros. Los encargados del agua rodada revisan si hacen bien la tarea. Luego apuntan las faenas y dan el comprobante de la faena. Si no se acaba la tarea, se iba el día lunes. La gente iba al corriente de su faena. Ahora mucha gente ya no va. Ponían un camión para que fuera la gente. Nuestras señoras preparaban nuestro almuerzo”.²⁵

En Ixtlahuatenco, la casa de doña Silveria Díaz Guzmán, ella relata con voz franca:

Yo y mi compañera María Luisa López Castillo fuimos las primeras representantes del comité de agua rodada. Hay que convivir con la gente. El agua no llega sola, debemos ser constantes en el trabajo. Artemio Ávila Rosas comenta que debemos involucrar a las mujeres en la limpieza de los caños. Nosotras no vamos al parejo de los hombres. Las piedras las vamos moviendo despacio, damos unas cuantas paladas. No tenemos la fuerza de ellos, pero sabemos organizarlos. Entrar al agua a las seis de la mañana está del cocol. Por eso nos piden alcohol, pues ni el café hervido sirve para quitar el frío. Para qué sirve el café si se enfría rápido. Convivimos bien con los hombres. Los hijos de *Chano* son bien bromistas, a cualquier cosa le encuentran gracia. Juan Reyes es muy bromista. Nos reímos con las bromas de los señores, estamos atentas con las pláticas de ellos, siempre bromeando con respeto. Una vez don Miguel Chávez Suárez se enchiló. Con eso, toda la gente le decía, hasta con eso se te subió. La gente era bien bromista.²⁶

El humo comienza a salir de una cocinita hecha con madera y láminas de cartón; el piso es de tierra, está húmedo para no levantar el polvo mientras las señoras hacen las tortillas. En el *tlecuil*²⁷, lugar donde se echan las tortillas en un comal de barro bañado

²⁵ Conversación con el autor, San Miguel Tlaixpan, 23 de octubre de 2013.

²⁶ Conversación con el autor, 1ro de febrero de 2013

²⁷ Tlecuil: Proviene de la palabra náhuatl, *tlen*, fuego. Significa fogón.

con cal viva, comienza a arder el fuego; las señoras hacen sus bolitas de masa para hacer las primeras tortillas, también nombradas gordas. En ese espacio-tiempo, una de las conversaciones gira en torno a la preparación de un kilo de tortillas que el marido debe llevar a la faena. Una señora comenta: “Déjenme ese paquete de gordas en aquel *chiquigüite*²⁸ porque José irá a la faena el próximo sábado, siquiera que tenga algo para comer, pues allá hace hambre.” Las señoras participan en las faenas al preparar los alimentos a sus maridos. Se levantan temprano, calientan el desayuno; asimismo, colocan la comida en trastos y servilletas. Los señores alistan su herramienta, si es un pico, lo dejan remojar durante toda la noche en la pileta, esto se hace con el fin de que se hinche la madera, pues al día siguiente facilita ejecutar las actividades durante la faena.

Es sábado, son las 5:30 am Los faeneros madrugan, se levantan para asistir al tequio; preparan su pala derecha, pico, machete, bieldo, ayate, tlacual o itacate. Salen de sus casas, caminan hacia la plaza del poblado, se encuentran entre veredas y caminos, se saludan, comienzan a platicar. María Elena Mancilla Linares, historiadora, rememora: “Recuerdo que los faeneros se chiflaban entre ellos para ir a la faena”.²⁹ El camión del pueblo, una camioneta y un coche son los medios de transporte para llevar a los faeneros al manantial de San Francisco, otros prefieren montar a caballo o burro; pero hay quienes se desplazan en bicicleta y a pie. Algunos suben al camión conforme avanza el trayecto del recorrido. Cuando la carretera era de terracería, ningún individuo se salvaba de empolvase la cara, los ojos, las pestañas, las orejas, las mejillas y la cabeza. El viaje a la faena es un conjunto de experiencias vividas cotidianamente. Las personas cuentan chistes, anécdotas; bromean, juegan a jalarse los brazos, quitarse el sombrero, picarse el culo con algún tipo de herramienta; de esta manera, sus rostros abren un abanico de representaciones sociales al gesticular la cara, mover las manos y conversar entre amigos.

Los faeneros llegan a la comunidad de San Jerónimo Amanalco para realizar su labor: desazolvar el caño. Con pala o machete en mano, cada faenero comienza su singular actividad, una fila de hombres aparece adentro de la acequia. Son las siete de la mañana, el agua está fría, ¡cómo entume los pies y las manos! Avanza el tiempo, uno

²⁸ También chiquihuite, proviene de la palabra náhuatl, *chiquihuitl*, m. Cesto, canasta.

²⁹ Conversación con el autor, San Miguel Tlaixpan, 6 de enero de 2013.

tras otro machetazo, las ramas de los arbustos y árboles caen al caño; las manos ágiles de los faeneros en fracciones de segundos derraman todo lo que obstruye el paso del agua; además, librar el caño de las ramas y los palos secos permite trabajar con mayor facilidad. El follaje sale de un momento a otro del caño. Un faenero, don Artemio Ávila Rosas, toma su pala, rebana con facilidad el lodo para aventarlo afuera del caño. En otro lugar no falta aquel individuo que se eche un pedo; entonces, los faeneros cercanos a él, sueltan el retumbo de las risas espontáneas. Ese eterno retorno de emociones está presente en el canal de riego.

Las voces amenas y alegres nunca cesan en el sistema de riego. Los sonidos de las personas en el caño provienen de las más variadas expresiones de los rostros. En aquel lugarcito, dos encinos forman una inmensa sombra, en donde los rayos penetran por un rato, llegado el medio día, la gente deja ese paraje por donde el caño está trazado, justo en la curva del sistema de riego dos personas descansan al quitar la maleza. Las mañanas de octubre y septiembre cubren con hielo la hierba seca; asimismo, las mejillas de los faeneros están chapeadas por el intenso frío. A la orilla de una cerca de piedra, junto a un tepozán, cuatro amigos cuentan chistes y sueltan las inusitadas carcajadas. Aquellos hombres simpáticos contagian de risa a otros compañeros. El agua que se desliza por el caño está turbia por el constante paleo; pero sigue su curso, hace espuma durante el día, el vital líquido debe llegar a su destino, a La Lagunilla y de ahí a las huertas de San Miguel Tlaixpan, para ello es imprescindible mantener en buen estado el sistema de riego. Los ciclos agrícolas marcan el devenir de la rehabilitación de los cultivos de las flores, los árboles frutales, las plantas medicinales; por lo cual, la limpieza del caño es vital en donde la representación sociocultural de la risa produce imágenes singulares en los ojos, las cejas, las mejillas, los pómulos, los dientes, los labios y la nariz.

Erasmus Espinosa López, el de los ojos verdes, comenta: “El ingeniero Sahagún dice: “Arcadio, Artemio y Erasmus nunca faltan a la faena””.³⁰ Un joven, productor de flores quien pide que su nombre no se escriba en el presente texto, señala lo siguiente:

A la faena te vas a las seis de la mañana. Allá en San Jerónimo Amanalco da gusto ver trabajar a la gente; pero cuando no es así, es porque algunos se hacen guaje. Si el tra-

³⁰ Conversación con el autor, San Miguel Tlaixpan, 22 de diciembre de 2013.

bajo queda bien, es porque debe quedar limpio el caño. Es normal que la gente haga bromas entre ellos, allá nos encontramos los amigos, ya nos conocemos. Siempre somos los mismos, los mismos. Artemio es un señor bien respetuoso, tranquilo, responsable en el trabajo; Erasmo es alegre, trabajador, risueño; Antolín Segura Segura, mejor conocido como *El Piña* trabaja, sí le echa ganas; Genaro, pues igual, trabaja y lleva su camioneta. Me gusta la comida, así nos da más gusto para trabajar.³¹

Los amigos establecen vínculos de reciprocidad durante el trabajo, comparten un lenguaje común; por ejemplo hablan de la autoridad local, el día de riego en la huerta, el partido de fútbol, la muerte de algún conocido, el juego de básquetbol, el programa de televisión, la visita al centro comercial, la vida de fulano y zutano.

Pedro Olivares Chavarría visita San Miguel Tlaixpan, tiene mucho tiempo que ya no vive en la comunidad, vino a estar un rato con su madre y hermano, Zenaida y Juan. Allá, en Jesús María, la casa de la familia Olivares Segura, Pedro recuerda cómo eran las faenas en los años de 1970:

Habían tres o cuatro tipos de faenas, la que era obligatoria por irrigación, esa era una; la otra, la faena pública, es para realizar aquel trabajo en los caminos, la escuela, la construcción; la tercera, la faena para el agua potable; la cuarta faena es por la vía religiosa en donde fiscales y mayordomos participan para la fiesta del pueblo, cada 29 de septiembre. Pero esto va cambiando por los testigos de Jehová. Íbamos a los caños a Santa Catarina y San Jerónimo Amanalco al desazolve. Esas faenas para irrigación eran obligatorias, un día después de regar, también te tocaba desazolvar. La gente era muy participativa, te daban un tramo de limpieza, a eso se le conoce como tarea. Le podías hacer una tarea al vecino. En esas faenas te ganabas una despensa, mantequilla, pescado, frijoles, arroz, leche en polvo por parte de la ONU³². Si hacías dos faenas, el pago era doble. La faena era muy divertida porque había cordialidad, camaradería. El famoso *Cochechito* –José Mancilla Reyes– tenía un archivo interminable de cuentos, fue especialista en albures, nos hacía reír.³³

El canto de los gallos, el rebuznado de los burros, el ladrido de los perros y el maullido de los gatos trenzan el advenimiento de la luz del día sábado. En la madrugada, las pisadas de los faeneros se escuchan al transitar por la avenida central y las calles

³¹ Conversación con el autor, San Miguel Tlaixpan, 2 de diciembre de 2013.

³² Entre las señoras y los señores adultos de la comunidad de San Miguel Tlaixpan recuerdan cómo llegaron en los años de 1970 botes de mantequilla y carne de res para promover actividades comunitarias, tal como lo relata Pedro Olivares Chavarría.

³³ Conversación con el autor, San Miguel Tlaixpan, 8 de diciembre de 2013.

Porfirio Díaz, Teopanixpan y Teopanacaxco. Abajo del reloj se concentra la gente para acudir a la faena. Saludan los señores: “¡Buen día!”. Algunos responden con mucho ánimo. Unos tiemblan de frío, mueven la quijada, el mentón lo hunden. Pasan los minutos. Dos rostros faeneros ríen: uno lleva una gorrita color azul, no tiene logotipo, es de mezclilla; las cejas están pobladas, las orejas sobresalen por los bordes de la cachucha; aquel hombre mientras espera la camioneta, prolonga su cara risueña. El otro tiene el cabello recién cortado, casquete corto, frente amplia, se ríe mientras la gente aguarda que el transporte llegue para asistir a la faena. Los grupitos de amigos hacen una rueda para sostener los encuentros ocasionales de conversación. Algunos prefieren esperar sentados en las escalinatas del piso de la plaza comunitaria; entonces, el carro llega a la plaza, es tiempo de treparse, la gente se amontona, entre juego y jaloneo no faltan las carcajadas, el griterío de un sábado faenero se teje durante el trayecto del viaje.

El transporte lleva a los faeneros rumbo al manantial de San Francisco, allá en la comunidad de San Jerónimo Amanalco; el camión atraviesa por la comunidad de Santa María Tecuanulco. Las personas viajan sentadas, amontonadas, recargadas en las esquinas, mirándose entre sí. Se hacen bromas de todo tipo; por ejemplo, el juego de palabras de contenido sexual, mejor conocido como albur, hace estallar de risa a las personas. La imaginación, la creatividad, la inteligencia, el dominio de las palabras exactas y el tiempo para contestar a su adversario en el albur da cuenta de la construcción social de la carcajada y la burla. Un faenero comenta: “Oye amigo, mira y escucha cómo se alburean esos viejos”. En el otro extremo del vehículo, dos personas relatan sus experiencias de vida relacionadas con la producción de nopal verdura. Las parcelas de tepetate están bañadas con los tonos rojizos del sol al amanecer. El salto de la camioneta en un bache es motivo de risa, todos sienten el zangoloteo del vehículo. La gente llega a su destino. Cada persona empuña la herramienta para descender del transporte. Avanzan los rayos del sol, marcan aproximadamente las siete de la mañana, en ese momento la gente busca el lugar donde trabajará en el transcurso de las próximas horas.

Con pantalones de mezclilla, chamarras sintéticas, gorras de clubes de fútbol, botas de hule, playeras con logotipos escritos en inglés, palas marca Truper, los faeneros sumergen los pies al caño; no hay tarea asignada, la faena es corrida. Todos realizan

la misma actividad para reanudar el curso del agua en el caño, es un tramo bastante largo. Múltiples movimientos de las manos y con la pala bien sujeta sacan la arena de la acequia, la lama cae a la orilla del camino, el agua fluye entre la fila de faeneros. Las miradas apuntan al agua, a la superficie de la acequia. La conversación ocasional de los amigos inicia con distintas expresiones verbales, por ejemplo: ¡qué pacho!, ¡qué pasión!, ¡ese!, ¡buen día!, ¡qué onda!, ¡ya!, ¿a darle compadre?, ¿cómo estás?, ¡nos vemos al ratón!, *ok*. El encuentro cara a cara suscita emociones porque los faeneros están implicados en la misma actividad, terminar la tarea comunitaria. Mientras se palea, las voces corren al ritmo del trabajo. La plática en el canal de riego constituye un mundo de la vida cotidiana único al conversar, relatar historias, contar chistes, hacer bromas. La risa reúne al grupo de amigos, les gusta estar juntos porque hay amistad, solidaridad, reciprocidad. El faenero es un *homo ridens*. Erasmo Espinosa López, comenta: “Decía don Pedro Guzmán, en la faena toda la gente *felichi contenti*”.^{34 35}

Sea cual fuere el motivo de la risa, en el trabajo comunitario existen signos gesticulares y movimientos corporales al emplear las herramientas de trabajo. Distintas expresiones verbales dan pauta a la construcción de la representación social de la faena en el espacio-tiempo del sistema de irrigación. Mientras el sol rojizo se desvanece por el color azul del cielo de las ocho de la mañana, las personas trabajan, platican y suscitan las inesperadas risas. A la orilla del camino una tira de azolve forma un bordo. La percepción de los faeneros en torno a la reparación del caño es singular. El labrador de piedras, don Januario Espinosa López, al respecto, señala:

Toda la gente va con gusto, está afilada en los caños, había un gritadero de gente, unos cantan, otros chiflan, otros están haciendo relajo. Es bonito, hay ánimo; escuchas los albures. Al rato se acabó la tarea para anotarla. Más tarde, ponían a los viejitos a prender la leña para comer.³⁶

La risa forma parte del proceso cultural e identitario que se da en un determinado trabajo, como lo es la faena comunitaria, principalmente cuando se realiza el mantenimiento del sistema de irrigación que posibilita la existencia de las huertas, las cuales se encuentran en constantes mutaciones. Algunas de ellas están a punto de fenecer

³⁴ La expresión *felichi contenti* en italiano debe ser: *felici e contenti*.

³⁵ Conversación con el autor, San Miguel Tlaixpan, 22 de diciembre de 2013.

³⁶ Conversación con el autor, San Miguel Tlaixpan, 23 de octubre de 2013.

por una serie de procesos históricos, económicos, culturales, ambientales, sociales y políticos anclados a la modernidad. Empero, los faeneros no dejan de acudir a la rehabilitación de los caños porque es una herencia transmitida de una generación a otra.

Para los faeneros, el sol marca el tiempo; un señor dice: “Ya arrecia el calor, se nos va el día”. El ritmo de trabajo tiene distintas composiciones en el espacio-tiempo del caño. Los rayos de luz penetran en las arboledas, caminan entre los bordes de los sombreros y las gorras, llegan hasta el fluir del agua; alguien levanta la cara, comenta: “Son como las once del día”. Esta hora significa un avance importante en el trabajo. La gente sigue en su charla, trasladándose al pasado, evocan la historia de cómo se hacían las faenas. Erasmo Espinosa López, apicultor, sumerge su pala derecha dentro del canal; en seguida, explica cómo es la técnica para sacar el lodo: “La gente de antes hundía la pala al agua, ya que está limpia, se entierra al lodo; ahora sí, el azolve se puede aventar con mayor facilidad; de esta manera, la herramienta no se empacha”.³⁷

Todo es cuestión de tiempo y maña, en cualquier momento, las generaciones venideras aprenden a realizar su oficio de faenero. Para quitar las ramas secas, la arena, la basura, el pasto es cuestión de tiempo, técnica y habilidad en el manejo de la herramienta. Si se quiere terminar la tarea lo más pronto posible, entonces es importante esperar que el agua fluya poco a poco del fango. Un viejo explica a un joven lo siguiente: “Haz un pequeño dique por donde corra el agua; mírala cómo avanza, déjala ir un tiempito, eso permite que el lodo se oree. Ahora ya puedes hacer rebanadas de lodo, así te la llevas despacito, con calma, no hay prisa. Verás si no terminas pronto tu tarea”.³⁸

La risa festiva durante la faena corresponde a un conjunto de expresiones verbales de tipo familiar. El carácter gracioso sucede cuando la mirada y el movimiento de las manos tienen motivos para hacer reír. El agua fluye, los faeneros, en tanto maestros de la pala derecha, sostienen conversaciones cara a cara, dando pauta a la construcción de la realidad social. Miguel Segura Segura, ingeniero agrónomo y técnico en reparación de lavadoras, comenta: “Antolín Segura Segura, *El Piña*, dice que te mira cómo haces anotaciones en tu libreta cuando vas a las faenas. A veces, realizas los trabajos en el caño, pero le llama la atención cuando escribes en tu libreta”. Miguel da un sorbo a su

³⁷ Conversación sostenida durante la faena, San Jerónimo Amanalco, 23 de agosto de 2013.

³⁸ Conversación de Víctor Velázquez con el autor, San Miguel Tlaixpan, 27 de julio de 2013.

té y continúa con su charla. El Piña toma su costal, lo extiende y comienza a decir, “Yo ya hice mi faina”; el costal lo utiliza como capote de torero, en ese momento Miguel estalla en risa”.³⁹

Erasmus Espinosa López, apicultor, palea segundo tras segundo, saca el lodo del caño, recuerda cómo su *tata*, don Miguel, fue uno de los imprescindibles en estos menesteres. Erasmus no deja de reír, cualquier comentario de otro faenero lo motiva a suscitar una broma, una anécdota, un chiste. Durante el trabajo en el caño, lugar de símbolos, imágenes, cuentos y vivencias, tanto la conversación como la risa no esperan, llegan instantáneamente a los oídos. Las voces campesinas en el aquí y ahora integran múltiples rostros, cuyas risas propician los encuentros ocasionales entre amigos. Las miradas de los faeneros lo dicen todo, pues sus chistes son tiempos pretéritos, presentes y futuros. En el desarrollo de las actividades del tequio convergen diferentes tiempos: la duración de la jornada de trabajo, la renovación de las acequias, el ciclo del agua, el momento de reír, el descanso pausado, la libación del pulque, la alternancia para ayudar a levantar piedras y aventar el fango. Las edades de los niños, jóvenes, adultos y ancianos evocan los ciclos vitales en el acontecer de la dualidad: vida-muerte, novatez-experiencia; la arruga de un anciano es la huella de la experiencia en la vida. La hora de comer significa fiesta, risa y convivencia.

Un faenero echa chisquetes de saliva a sus manos, las frota varias veces, una vez que están pegajosas, aprieta su pala y comienza a sacar el azolve del caño. Esta costumbre no es una práctica cultural que dé repugnancia o risa; más bien, permite que la actividad a realizar sea de risa, pues favorece el manejo de la herramienta. La facilidad del trabajo produce sonrisa, libera al faenero de la ardua tarea, no es sencillo sacar el fango ni el arrastre de las piedras, troncos, basuras ni, mucho menos, lodos podridos. La inesperada anécdota proviene de aquel faenero batido de lodo en la cara. El señor platica: “Yo vi cuando mi compadre se hundió dentro del caño, iba a salir, justo ahí, en la retama, mero en la roca, no se fija cómo pisa, se trompica y de nalgas vino a caer junto a mí, ¡jajaja!... Le digo, “¡Ora compadre, mira cómo me salpicaste la cara con lodo!”” La torpeza, la gracia, la espontaneidad en un día de faena suscita las carcajadas. Las personas ríen de sí mismos cuando les sucede un accidente en la jornada de

³⁹ Conversación con el autor, San Miguel Tlaixpan, 16 de septiembre de 2013

trabajo, alguien se pega con la pala, el enojo no es cualquier cosa, la arruga de las cejas provoca risas. La sucesión de la risa en el espacio-tiempo del canal deviene como un proceso sociocultural que signa la huella de un determinado faenero.

La atmósfera de la plática transita en el espacio-tiempo de la acequia. Los jóvenes avientan sin ton ni son la arena del caño. Miden su fuerza, habilidad y conocimiento en torno al manejo de la herramienta. Entre ellos se ríen de sus torpezas al arrastrar el sedimento. Mientras quitan la basura, el tema de su interés es la hora. Detienen el ritmo de trabajo, sacan el teléfono celular de las chamarras o los pantalones, quieren saber cuántas horas han rendido; otros prefieren responder a la llamada del algún conocido, algunos más escuchan música con los audífonos. Avanza la jornada de trabajo. Un muchacho no termina su tarea, está bastante atrasado con la limpieza del caño, el tramo que le corresponde limpiar tiene demasiada basura –bolsas, costales, botellas, cartones, lazos, latas de aluminio, pañales desechables–; la cara está salpicada con lodo. Ni más ni menos, las risas de sus amigos son evidentes. La diversión está debajo de los puentes. La gente debe meterse al puente para sacar tanto el lodo como la basura. No es un trabajo fácil ni difícil, más bien es un pasatiempo. “La maña es la experiencia de todas las cosas”, señala un faenero. Una piedra está atorada a la orilla del puente, topa contra la ceja de la guarnición, por lo cual es común decir entre faeneros: “¡Qué! ¿Ella manda? Sale porque sale”. Los faeneros se ven entre sí, una sonrisa de ánimo basta para sacar la dichosa roca, en cuestión de segundos el agua circula libremente.

Ni tarde ni perezoso, un faenero llega con el vital líquido, el pulque. “¡Anden muchachos! ¿Gustan pulque? ¡A echarse un vaso para quitar la sed!” Los faeneros liban su bebida predilecta, gritan ¡salud! Descansan un rato, luego, debajo de la sombra de un encino, una voz exhorta: “¡A darle duro que es para hoy!” Con estas aladas palabras, el trabajo se hace con entusiasmo, fuerza. El pulque emerge del corazón del maguey. El néctar de los dioses, dicen los faeneros, nos hace decir lo que sentimos y pensamos. Esta bebida genera confianza. Ahí está Gumersindo Mancilla, sacando a flote los sobrenombres de los usuarios del agua rodada, mira a dos de sus compañeros, toma su sombrero, con su pala derecha saca la arena del caño, enseguida comenta: “Nunca he visto trabajar juntos a un ratón y un gato, ojalá no se muerdan”. Vuelve a echar un vistazo a los dos faeneros; insiste en hacer reír a la gente con el mismo comentario, nadie se ríe, solamente él. En Tlaixpan, los Velázquez y los Mancilla son conocidos como los gatos y los ratones respectivamente. El espacio-tiempo en el caño tiene tanto su

momento de trabajo como de risa que aniquila y renueva todo. El sistema de irrigación no sólo fortalece a la naturaleza, sino también a la interacción humana a partir de los reencuentros anuales al acudir a la faena. Cada año se realizan las actividades de limpieza en el sistema de irrigación. La risa en los momentos de trabajo libera a los hombres del agotamiento durante el paleo para sacar el azolve.

Las manos y los pies están entumecidos por el agua helada. Conforme acontece la mañana, disminuye el frío; la gente, sin prisa alguna, sigue en su ardua labor. No falta el gracioso que de todo se ríe. Un individuo cuenta chistes con su compadre, amigo, vecino, tío o sobrino durante la faena. Allí están, en el caño, los faeneros, inmersos en la cotidianidad del tequio, derramando matorrales de las orillas del canal. La risa está presente en el trabajo comunitario. Mientras transcurren las actividades, entre tantas voces, una de ellas exalta la típica frase: “¡Cooperen para el pulque y las chelas!” Rubén García Mancilla, encargado de la biblioteca de San Miguel Tlaixpan, sostiene: “En las faenas, todo es pachanga⁴⁰”.⁴¹ Las palabras emergen en múltiples circunstancias durante el día. La relación hablante-oyente permite tejer un conjunto de vivencias en el espacio-tiempo que es el canal de riego; asimismo, el lenguaje del rostro da cuenta de las emociones y los sentimientos contruidos socialmente al realizar la faena. Los motivos de una determinada carcajada conllevan experiencias del mundo de la vida cotidiana, por lo cual, pertenecen a un grupo de amigos que conversan ocasionalmente, al mismo tiempo se identifican por formar parte de las convivencias de otros en el trabajo comunitario. El faenero recurre a sus experiencias de vida en el trabajo colectivo, fortalece su pertenencia al sistema de irrigación, relata sus vivencias porque mantiene viva su identidad comunitaria.

Don Januario Espinosa López, escultor de imágenes mesoamericanas, rememora una de sus anécdotas en la faena:

Llegamos de la faena. Todos con el camión, allá en Santa María Tecuanulco. Fui músico, tenía un compañero en ese pueblo, se llamaba Abraham Sánchez. “Ya llegamos Abrahamcito”. Sus tierras están lejos de su casa, le chiflaba, “¡Vente!” Ya llegó al rato y a tomar pulque. Mero el miércoles de ceniza, me acuerdo bien, llegamos todos por ahí. Vivía un hermano de él, era un señor grande, manquito, andaba con muletas. “Ya dales pulque a los

⁴⁰ En la comunidad, pachanga representa el baile, la fiesta, la ironía.

⁴¹ Conversación con el autor, San Miguel Tlaixpan, 14 de abril de 2012

muchachos. Órale.” A veces se pagaba todo el barril para que todos tomaran. Ahí estaban todos. En esa casa, había fiesta, mataron un cochino. Toda la gente llegó a comprar carne, comer tacos y tomar pulque. Cuando llegan los viejos de carnaval... La danza del carnaval que anda bailando el día miércoles de ceniza. Llegaron, pero eran de Santa Catarina del Monte; entonces bailaron, porque llegan y les pagan por bailar. Bailan una pieza y otra. Los muchachos ya estaban cuetes. Les decían a los viejos de carnaval: “¡Toquen más!” Ellos bailaban cada vez más.

Los faeneros les decían: “¡Tomen pulquito, igual que nosotros!” Pero andaban trayendo el muñeco... un muñeco que queman al terminar. Lo andaban trayendo, ya era el miércoles de ceniza. Total de que eran varios, un grupo grande de muchachos; señores que iban por allá, a todos les deban pulque, se emborracharon. Decían los señores, ándeles ya vámonos porque tenemos que ir a quemar el muñeco a Santa Catarina. Y éstos: “No, no vayan; quédense aquí”. Todavía vive don Ángel Flores, *El Tlalchivo* que le decimos; ese hombre acababa de llegar de Estados Unidos, traía su lanita, era de esos hombres alegres. Él les decía: “No se vayan. Yo les pago, pero aquí sigan tocando”. Al rato que les dice, “Oigan... ¿a que no queman el muñeco?” Ellos: “No, lo tenemos que llevar al pueblo”. “Órale, ¡quémenlo!” Les dieron más pulquito, los animan más. Y de ahí, de un árbol que lo cuelgan, le echan cerillo... ¡pommm!, tronó el muñeco ja, ja, ja... Ya no lo llevaron para allá. Ahora a ver, qué vamos hacer, seguro nos van a meter a la cárcel, causa de eso... y una risa que tenían todos, comprometieron quemar el muñeco ja, ja, ja... Harto relajo.⁴²

Al avanzar la tarea durante el transcurso de la mañana, la gente sigue trabajando. Don Alfonso Flores fija su mirada al caño. “Poco a poco, porque me sofoco”, dice al aventar su brazada de fango a orilla del camino. Los faeneros plasman estampas risibles en la jornada de trabajo; componen un concierto polifónico de risas porque experimentan emociones y sentimientos espontáneos. Las voces de los faeneros son rústicas, fuertes, entonadas al imitar la voz del otro. Ninguna risa es la misma, cambia continuamente como sucede con el azolve del caño. Empero, el conjunto de experiencias risibles deja huella, marca el ritmo de la vida cotidiana hilvanada por medio de los encuentros ocasionales en la faena. Erasmo Espinosa López, mejor conocido como *Tamakun*, señala: “Es hora del risómetro. El señor Fidel Segura, cuando estábamos en la faena, me decía con voz aguardentosa, “Erasmo, ándale, vamos a juntar la leña de tatalencho para el tlacual””.⁴³ En la vida cotidiana de los faeneros existe un lenguaje alegre, campirano, en donde el gozo invade el gusto por beber y comer; a la hora del almuerzo se gestan comentarios acerca de la siembra, la época de lluvia y cosecha.

⁴² Conversación con el autor, San Miguel Tlaixpan, 5 de mayo de 2013

⁴³ Conversación con el autor, San Miguel Tlaixpan, 22 de diciembre de 2013.

Raúl García Mancilla, hombre observador de la naturaleza, toma un puño de cacahuetes que están en aquellas rocas debajo de un caxtilan; los echa a las cenizas del tlecuil donde se calientan las tortillas. Espera con paciencia la cocción de los gasterópodos. Con una varita saca su manjar predilecto. Comienza a saborearlos después de una larga jornada de trabajo en la construcción de una casa de adobe. Mientras Raúl degusta aquellos animalitos, relata:

“La gente en las fainas sostenía pláticas informales, eran albures, anécdotas chuscas. Por ejemplo, el tío Chiris nomás iba a platicar y emborracharse, esa era su faina; don Teodoro Díaz se juntaba con los chamacos más jóvenes, eran albureros. La gente es divertida. Hay gente enojona pues algunos no hacen su trabajo. Los faeneros son divertidos por sus ocurrencias, sus burlas. Un señor tenía mala una pata; entonces, los demás preguntan si no la quieres para una carrera. Una vez, hace mucho tiempo, nos tocó acarrear los tubos cuando se canalizó el agua para evitar que pasara por Santa María Tecuanulco. Bueno, terminada la obra, cuando echaron el agua que se levantan los tubos, no resistieron la presión, tuvieron que solicitar la pericia de un ingeniero. En el trabajo en las fainas existe el momento chusco. En la comida aflora el carácter de los faeneros, te invitan a comer; recuerdo se esperaba con anisa la comida.”⁴⁴

Una vez finalizada la actividad en el caño, entra la etapa de la comilona. Debajo de un encino, ya entradas las once o doce del día, los comensales juntan su respectivo tlacual o itacate, extienden los ayates, colocan los sagrados alimentos, el pulque y la cerveza. No falta aquel hombre acomedido para preparar el tlecuil; es decir, la lumbre. Se echan tortillas al comal. El hacedor de adobes, don José Peralta Flores, señala: “Nos juntamos cinco o seis personas, extendíamos en el suelo una servilletita, uníamos nuestros itacates, comíamos taquitos”.⁴⁵

El aroma a comida llega a despertar las ansias de almorzar después de un trabajo arduo lleno de risas, anécdotas, chismes, dimes y diretes. Tacos de papa, chicharrón, carnitas, frijoles con huevo, tortas de jamón, salsas preparadas de diversas maneras, carne asada, guisado de res, ejotes con huevo, tostadas de tinga, huevo hervido o revuelto; pápalo, cilantro, chile habanero, pan de dulce, aguacate, mole, arroz blanco y rojo. Aromas, sabores y colores se juntan para compartirse, la gente sigue en pleno convite. Rosana Espinosa Olivares, historiadora de la UAM-Iztapalapa y habitante de esta comunidad, menciona que “los tacos con doble tortilla nunca faltan en la faena”.⁴⁶

⁴⁴ Conversación con el autor, San Miguel Tlaixpan, 26 de julio de 2013.

⁴⁵ Conversación con el autor, San Miguel Tlaixpan, 25 de julio de 2013.

⁴⁶ Conversación con el autor, San Miguel Tlaixpan, 15 de abril de 2012.

Francisco Segura Segura, ex presidente del agua rodada, relata lo siguiente:

Conocí a Lucas Espinosa Mancilla en su casa, cerca de San Baltazar, esa tiendita aromatizada por las golosinas de aquellos años de mi infancia; te estoy hablando de los últimos años de 1970. Bueno, Lucas se regularizó en sus faenas, le gusta trabajar sus huertas; debía dinero. Le dije, vamos a participar de común acuerdo. ¿Cómo puedes ponerte al corriente en tus horas de riego en los terrenos de San Isidro y San José? Él me responde: tengo un marrano, tiene una hernia, lo matamos, nos lo comemos en una faena, hacemos un marrano herniado. Jesús Vilchis Romero mató al cerdo en la casa de su suegra. Le sacamos una bola de hernia, nos dio risa. Llegamos a la faena del canal, allá en San Jerónimo Amanalco. Terminada la faena, debajo de un cedro, a la orilla del camino, guisamos la carne del marrano para que la gente se emocionara. Los faeneros comían con muchas ganas. Nadie sabía del problema del cerdo. Después le dijimos a la gente y al Piña lo del marrano; entonces, empezamos a reírnos, nosotros terminamos comiendo tacos de aquel marrano. La bebida nunca faltó”.⁴⁷

Una tarde de invierno, en Cuautlotlica, casa y pulquería de don Irineo Mancilla Flores, él relata:

Acabando el trabajo en el río de San Jerónimo Amanalco se comía. En la hora de la comida se echaba relajo. Aquí venían a comer y tomar pulque. Los señores Álvaro Espejel, Ángel Olivares, Daniel Ríos, el difunto Texal, Julio Torres el de Tecolal, Cruz Olivares, eran los que más acudían. Hacían sus coperachas para jugar la tradicional rayuela, la de la tablita y la baraja, se hacía bromas y apostaban pulque”.⁴⁸

Las personas entre bocados, litros de pulque, cervezas y refrescos lanzan al aire jubilosas risas para hacer alusión a una determinada situación de la historia local, al apodo de un habitante del pueblo, a la situación chusca de quien se resbaló en el caño, a los albures, a las historias vacilantes con una dama, a la burla y al sarcasmo de una figura política local. Como miembros de la comunidad, los usuarios del agua rodada construyen lazos de amistad e incluso rupturas entre compañeros, pues se dicen sus verdades. Erasmo Espinosa López, en compañía de Javier Báez Reyes, señala:

Los faeneros son divertidos, están con sus dicharachos. Para la entubación del agua

⁴⁷ Conversación con el autor, San Miguel Tlaixpan, 25 de noviembre de 2013.

⁴⁸ Conversación con el autor, San Miguel Tlaixpan, 15 de diciembre de 2013.

que corre de San Jerónimo Amanalco a San Miguel Tlaixpan, la gente estaba rascando las zanjas. Había una comisión para cohetear el tepetate. Estaban los señores con una maquinita; pero nosotros, con pala y pico. Los señores gritaban “¡Cohete!” La gente corría a esconderse. Domingo, el de Belén, no hacía caso, como ve la mecha, sale de la zanja, quiere salir, se cae dentro del agua ¡ja, ja, ja! Ya vamos a verlo todo mojado, se dio un chapuzón en el río. Todos lo veíamos con un montón de risa. Los compañeros me caían de chiste, decían hartos albures”.⁴⁹

Los rostros de los faeneros manifiestan las más diversas emociones. Una generación de nombres es evocada por aquellos individuos partícipes en el desazolve de los caños por donde no sólo corre el agua, sino atraviesa un conjunto de representaciones de los faeneros, caracterizados por sus chistes, albures, dichos, relatos, experiencias, aventuras y risas. Entre ellos están: Álvaro Espejel, Ángel Olivares, Agustín Olivares, Daniel Ríos, Julio Torres, Domingo, Pablo Ayala, Manuel Segura, Raymundo Díaz, Cándido Segura, Miguel Espinosa, Pedro Guzmán, Florencio Flores, Luis Rosas, Pedro Rosas, José Caballero, Teodoro Díaz, Artemio Ávila, Erasmo Espinosa, Serafín Romero, etcétera. Se hilvana la amistad en el caño, cuyo espacio-tiempo, al construir una diversidad de expresiones gesticulares, cohesiona la vida comunitaria, fortalece la identidad del sistema de irrigación y construye el ritmo de trabajo que no se hace cansado ni pesado al sacar el lodo de la acequia. Erasmo Espinosa Pérez, dice: “No sé de dónde el Pelango juntaba berros, picaba chiles, cebollas, cilantros; le echaba sardina, ya hizo su picadillo, medio fiero, órale ahí está, los faeneritos bien hambrientos van a comer, luego compraba el queso, el jamón, cervezas, su frase de batalla, “Aquí lo del agua al agua”, ja, ja, ja...”.⁵⁰

Ahí están, los faeneros trabajando en ese microcosmos de representaciones sociales; unos descansan por la fatiga del trabajo, otros palean a una determinada velocidad, marcan el ritmo del tiempo al limpiar el caño. Mientras conversan, la carcajada estalla espontáneamente. No se sabe cuál es el motivo de la risa, pero proviene del grupito de amigos, están jóvenes. La cotidianidad de las faenas se suscita a partir de la internalización de prácticas culturales propias en el manejo de la herramienta. Los esquemas de percepción, pensamiento y acción (Bourdieu, 1981:25-35) –en tanto *ha-*

⁴⁹ Conversación con el autor, San Miguel Tlaixpan, 22 de diciembre de 2013.

⁵⁰ Conversación con el autor, San Miguel Tlaixpan, 22 de diciembre de 2013.

bitus– están en la base del trabajo con la pala en el momento de sacar el azolve, y de la ingesta de alimentos al final de la faena. Los usuarios del agua rodada se reconocen entre ellos por el seudónimo que llevan durante toda su vida. El apodo es una máscara grotesca, chistosa, burlesca, que da lugar a la risa festiva en la faena y, al ser comunitaria, fortalece los lazos de amistad. Como dice Erasmo Espinosa López: “La picaresca tlaixpeña siempre estaba en las faenas. Mi jefe sabía que el lunes era su día de faena”.⁵¹

⁵¹ Conversación con el autor, San Miguel Tlaixpan, 22 de diciembre de 2013.

Conclusiones

Los faeneros juegan un papel importante en la rehabilitación del sistema de irrigación. Los caños no sólo están trazados en la tierra: también integran un conjunto de símbolos e imágenes en el espacio-tiempo de las huertas, cuyas arterias son imprescindibles para mantener viva la flora y la fauna de la comunidad de San Miguel Tlaixpan. La faena es una forma de vida para el habitante de esta tierra fecunda. Los faeneros, en tanto sujetos sociales, muestran sus habilidades, destrezas, saberes locales, conocimientos y tradiciones en el manejo de la herramienta para sacar el lodo de la acequia, lugar de encuentros ocasionales entre amigos, familiares, parientes o compadres, quienes tejen el mundo de la vida rural a través de expresiones socioculturales como la risa.

La risa no se construye, sino se vive. La risa festiva en la faena perdura en el espacio-tiempo. Un pasado, un presente y un futuro trazan el devenir de aquellas actividades campiranas. Existen las máquinas de trabajo pesado, los automóviles, las motocicletas y las camionetas en donde viajan los faeneros para acudir a desazolvar el caño. Los hombres en la faena simplemente expresan emociones y sentimientos traducidos en burlas, carcajadas, chistes, bromas. El lenguaje de los rostros faeneros es único. El encuentro cara a cara permite conformar un motivo para reír y trabajar. Los amigos en la faena saludan, chiflan, cantan, bailan, palean conforme avanza el tiempo. Al final de este trabajo de investigación se puede decir que las dualidades vida/muerte, carne/hueso, niño/adulto, risa/seriedad, sequía/riego, representan el continuo fluir de los ciclos de la vida.

La renovación de la milpa y la huerta en San Miguel Tlaixpan perdura a través de las prácticas socioculturales, las costumbres y los hábitos inmersos en la modernidad.

Se puede trabajar el campo con el celular en las bolsas del pantalón, los audífonos puestos en los oídos para escuchar cualquier canción; pero el cultivo de las plantaciones es un arraigo milenario. Además, los habitantes religiosamente mantienen su día de carnaval, reúnen a la gente y se ríen para fortalecer los lazos de amistad: niños, jóvenes, adultos y ancianos viven la vida carnavalesca. Por otro lado, en el panteón, la risa libera a los hombres que rascan la tumba del difunto. La risa es de todos. Mientras trabajan los faeneros, se ríen. En toda labor campirana hay momentos para contar chistes, hacer bromas y reír con los demás; no obstante, también hay circunstancias para estar serios. La dualidad risa/seriedad en la faena se construye socioculturalmente, y merece ser estudiada a profundidad en posteriores investigaciones al respecto.

El faenero de Tlaixpan evoca a las validas en las faenas porque expresan el carácter vivo de la reciprocidad. Recibir ayuda en una determinada tarea campirana implica compromiso y devolución del favor sin la presencia de alguna compensación monetaria. Los amigos en la vida rural, tal como acontece en la faena, posibilitan la cohesión comunitaria; es decir, el vínculo en el trabajo comunitario sostiene la presencia de la amistad, el mantenimiento de las huertas, el bien común a favor del cuidado del sistema de irrigación, el servicio mutuo para realizar la limpia del terreno, la participación en la organización de las fiestas religiosas y civiles.

Las experiencias del mundo de vida en las faenas para la limpia del sistema de irrigación devienen en un cúmulo de emociones y sentimientos; por ejemplo, los faeneros durante el paleo para sacar la arena, el limo, la basura, las piedras y las varas del caño denotan esfuerzo y habilidad en los brazos, las manos y las piernas en el manejo de la herramienta. Así, en los intervalos de descanso, la risa puede estallar de un momento a otro, libera al faenero del trabajo pesado, pues no falta el juego de palabras de doble sentido, frases de contenido sexual conocidas como albur. Los faeneros se ríen al escuchar los albur entre dos individuos sin menoscabo de amistad; al contrario, se arraiga de una generación a otra. De esta forma, el albur como una práctica sociocultural en la faena comunitaria de San Miguel Tlaixpan es un tema de investigación que merece ser estudiado en futuras investigaciones para ahondar acerca del ser y hacer del faenero en esta tierra fértil, pues éste está inmerso en la modernidad.

El trabajo en la vida campesina, por medio de la faena –en las calles, las huertas, las parcelas, los edificios públicos de la comunidad– es un bien común, que trasciende a la modernidad y su visión individualista de las cosas, es decir, del bien particular. Las validas son el proceso de las reciprocidades en toda actividad comunitaria, cuyo espacio-tiempo fortalece los vínculos de solidaridad. El presagio de una abundante participación en la faena está en el pasado; al mismo tiempo en el presente, en donde se manifiesta como una práctica sociocultural capaz de hacer posible la convivencia entre amigos que ríen, bromean, sonrían e incluso alborean. El faenero como sujeto social, guarda silencios, que de un momento a otro habrán de estallar en risas.

Bibliografía

- Bourdieu, Pierre y Jean Claude-Passeron (1981). *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. Madrid, España: Laia.
- Fals Borda, Orlando y Carlos Rodrigues Brando (1987). *Investigación Participativa*. Instituto del hombre. Uruguay: Editorial De la Banda Oriental.
- Gómez Sahagún, Lucila (1992). *San Miguel Tlaixpan. Cultivo tradicional de la flor*. Colección Tepetlaoxtoc 1. México: Universidad Iberoamericana.
- Gómez de Silva, Guido (2001). *Diccionario breve de mexicanismos*. México: FCE.
- Hobsbawm, Eric (2011). *Cómo cambiar el mundo. Marx y el marxismo. 1840-2011*. Buenos Aires, Argentina: Crítica.
- Palerm, Ángel y Eric Wolf (1972). *Agricultura y civilización en Mesoamérica*. México: SEP Setentas.
- Rodríguez, Orozco, Arlet (2002). *Análisis del sistema de escenarios en las viviendas rurales de la comunidad de San Miguel Tlaixpan, Texcoco, Estado de México*. Tesis de maestría. México, Colegio de Postgraduados. Montecillo, Texcoco.
- Sandre, Osorio, Israel (2005). *Documentos sobre posesión de aguas de los pueblos indígenas del Estado de México. Siglos XVI al XVIII*. México: Conagua, AHA, CIESAS, El Colegio Mexiquense.
- Schütz, Alfred. (2000). *La construcción significativa del mundo social. Introducción a la sociología comprensiva*. España: Paidós.
- Séjourné, Laurette (1984). *Pensamiento y religión en el México Antiguo*. México: SEP, Lecturas mexicanas.
- Tapia, Luis (2011). "El tiempo histórico del desarrollo". En: Wanderley, Fernanda (coord.) *El desarrollo en cuestión: reflexiones desde América Latina*. Bolivia: CIDES-UMSA, Oxfam.

Williams, Raymond (2011). *O campo e a cidade na história e na literatura*. Tradução Paulo Henriques Britto. Brasil: Companhia das Letras.

Entrevistas

Erasmus Espinosa López (2013). Calle Teopanixpan, San Miguel Tlaixpan, Texcoco, Estado de México, 23 de agosto, 22 de diciembre.

Irineo Mancilla Flores (2013). Casa Cuautlotlica, San Miguel Tlaixpan, Texcoco, Estado de México, 15 de diciembre.

Francisco Segura Segura (2013). Casa Tepeixco, Calle Belén. San Miguel Tlaixpan; Texcoco, Estado de México, 25 de noviembre.

Januario Espinosa López (2013). Casa, Santa cruz. Calle Mosquetas. San Miguel Tlaixpan, Texcoco, Estado de México, 5 de mayo; 16 y 23 de octubre.

Javier Báez Reyes y Erasmus Espinosa López (2013). Casa Yiquimititla, Av. central, s/n; San Miguel Tlaixpan, Texcoco, Estado de México, 22 de diciembre.

José Juan Espinosa Flores (2013). Casa San Camilo. Av. central s/n. San Miguel Tlaixpan, Texcoco, Estado de México, 16 de septiembre.

José Peralta Flores (2013). Colonia Juárez Loreto. San Miguel Tlaixpan, Texcoco, Estado de México, 25 de julio.

María Elena Mancilla Linares (2013). Av. central s/n. San Miguel Tlaixpan, Texcoco, Estado de México, 6 de enero.

Miguel Segura Segura (2013). Calle Topoyan, s/n. San Miguel Tlaixpan, Texcoco, Estado de México, 16 de septiembre.

Pedro Olivares Chavarría (2013). Casa Yiquimititla, Av. central s/n, San Miguel Tlaixpan, Texcoco, Estado de México, 8 de diciembre.

Raúl García Mancilla (2013). Calle madreSelva. San Miguel Tlaixpan. 26 de julio.

Rosana Espinosa Olivares (2012). Casa Santa Cruz. Calle Mosqueta. San Miguel Tlaixpan, Texcoco, Estado de México, 15 de abril.

Rubén García Mancilla (2012). Biblioteca “Nicolás Segura”, Plaza comunitaria, San Miguel Tlaixpan, Texcoco, Estado de México, 14 de abril.

Silveria Díaz Guzmán (2013). Casa, Ixtlahuatenco. Calle Aldama, esq. Netzahualcóyotl. San Miguel Tlaixpan, Texcoco, Estado de México, 1^{ro} de febrero.

Víctor Velázquez Gómez (2013). Casa Copaltitla, Calle Ignacio Zaragoza s/n. San Miguel Tlaixpan, Texcoco, Estado de México, 27 de julio, 1^{ro} de septiembre.

